Liliana Bodoc

El perro del peregrino



ÍNDICE

Para Silvia, la que llegó un día de la mano de Hugo

y trajo su genuino silencio a una mesa

demasiado estruendosa...

Para ella, para honrar su nuevo nacimiento.

UNA BOLSA LLENA DE AGUA



Fue el último en nacer. Y ni siquiera alcanzó a disfrutar de las ventajas que le hubiesen otorgado su tamaño y su salud, porque muy pronto lo arrancaron del dulce alimento materno para arrojarlo al fondo de una bolsa. Sus seis hermanos ya estaban allí, de manera que él cayó sobre sus cuerpos.

La oscuridad se hizo absoluta cuando una cuerda cerró el saco en el que antes habían guardado aceitunas. El olor se hizo fuerte. Pero el gusto de la leche todavía perduraba. Y entre eso, más el bamboleo del andar, se quedó dormido.

Algunos de sus hermanos lloriqueaban de hambre y raspaban la tela gruesa intentando salir. Él, sin embargo, prefirió entregarse al vaivén de la marcha. No le era posible entender lo ocurría, pero había nacido tan fuerte como optimista y no temió nada malo.

El camino fue bastante corto puesto que el hombre que llevaba la bolsa, sosteniéndola por la atadura con la mano derecha, vivía en Cafarnaúm, muy cerca del lago Tiberíades.

Primero, el suave bamboleo se detuvo. Después recomenzó y, casi enseguida, se transformó en un movimiento brutal; tanto que hasta él, fuerte y optimista, se hizo caca de puro miedo. También sus seis hermanos. Todos se hicieron caca adentro de la bolsa que un hombre de Cafarnaúm revoleaba a orillas del lago Tiberíades con el único propósito de arrojarla lejos, lo más lejos posible.

Hecho el trabajo, el hombre partió sin pedir perdón y la bolsa cerrada empezó a llenarse de agua.

Cerca, unas mujeres que lavaban ropa apenas si le prestaron atención a la escena.

Solamente una de ellas se apartó el cabello de la cara usando el antebrazo húmedo y se quedó mirando la bolsa que navegaba, aunque más lo hizo por tomarse un descanso que por alguna clase de piedad.

El cielo de Cafarnaúm era de un color gris verdoso, como si reflejara los olivares que se extendían por la tierra. Y esa mañana era fría para la época.

Muy pronto la bolsa iba a hundirse. La lavandera que miraba hizo un chasquido con la lengua y se sumó al ritmo de sus compañeras de trabajo.

Entonces, la voz de un hombre las sorprendió.

—Mujeres, ¿vieron lo que acaba de ocurrir?

Sí, claro que lo habían visto, ¿y qué resultaba tan extraño? Apenas alguien que se libraba de unas crías de perro o de gato.

El hombre que les hablaba no era un mendigo, tampoco un acaudalado. Casi con seguridad sería hijo de un artesano o artesano él mismo, de aquellas familias a las que no le faltaban mantas ni carne de cordero.

—Lo hemos visto —respondió una que se llamaba Dorotea—. Igual que lo viste tú.

El hombre le prestó repentino interés. Parecía haber entendido algo.

—¡Cuánta razón tienes en llamarme hipócrita y flojo! —dijo.

Al oír esto, aunque sin entender demasiado bien lo que ocurría, las otras lavanderas volvieron de inmediato a fregar sábanas contra las piedras evitando quedar envueltas en un problema ajeno, o expuestas al enojo de alguien que, tal vez, tuviese más poder del que aparentaba, ¡no fuese a reclamar ante sus señores para que las castigaran por impertinentes!

—¿Acaso yo dije hipócrita o flojo? —se defendió la mujer que antes había hablado —. ¿Eso te dije? ¡Yo no dije eso!

Dorotea también estaba asustada, y miró a sus compañeras en busca de ayuda. Ninguna alzó los ojos ni dijo palabra. Igual que los cachorros, Dorotea quedó abandonada a su suerte.

Pero el hombre ya no pensaba en ella sino en la bolsa que se hundía. Y tal como estaba vestido, se adentró en las aguas del lago.

Entonces sí, las lavanderas se miraron unas a otras.

Artesano o no, rico o pobre, se trataba de un insensato, y eso les posibilitó reír y gritarle con burla.

—¡Regresa, que vas a enfermarte!

—Han de estar muertos ya.

—¡Mira que la bolsa no lleva denarios!

Un rato después, el hombre regresó a la orilla con la bolsa pesada de agua. La cuerda se había hinchado, pero él tenía manos fuertes y hábiles y no tardó en deshacer la atadura. Enseguida volcó sobre la tierra el contenido del saco. Había seis cachorros muertos, y uno más.

El animal era todo negro. Cabía en una palma. Temblaba de frío y de espanto.

Dorotea dejó su quehacer y se acercó.

—No vivirá —aseguró.

—Pero aun vive —respondió el hombre sin ninguna dureza, mientras apretaba el vientre del pequeño animal contra su antebrazo y le masajeaba el lomo.

La lavandera corrió hasta el canasto donde tenía la ropa sucia y buscó algo apropiado.

—Envuélvelo para quitarle el frío.

—¿Puedes dármelo sin que luego te pese?

—Es un trapo para fregar la plata, nadie notará su ausencia.

—Tal vez quieras ponerle un nombre —dijo el hombre joven y de buena estatura.

La lavandera sonrió.

—Tiene el color de los leones, pero es pequeño como una miga de pan.

—Miga de León se llamará si no muere.

—Aun vive —dijo Dorotea.

Y ambos sonrieron.

Entonces, el hombre y el perro emprendieron su primer camino juntos.

Esto ocurrió en Cafarnaúm, en la provincia de Galilea donde ambos habían nacido.

Ahora resultaba urgente encontrar una perra que pudiera amamantar a Miga de León.

El galileo se dirigió a casa de unos parientes de su madre que, según recordaba, vivían cerca de allí.

Caminó un buen rato, con el pequeño animal contra su cuerpo.

Al llegar, encontró a una anciana que demoró en reconocerlo y que solo lo hizo cuando mencionó el nombre de su abuela.

—¿No me recuerdas, mujer? Soy el nieto mayor de Ana.

—Ana... Sí, Ana. ¿Cómo está ella?

—Murió hace dos inviernos, en el mes de tevet.

—Pobrecilla —murmuró la anciana—. Sí, la recuerdo. Ana.

—Todos iremos tras ella —respondió el hombre—, pero ahora estoy en busca de salvar una vida que recién empieza. ¿Sabes de alguna perra que pueda alimentar a este cachorro?

—Sí, Ana. Pobrecilla.

—Mira que hermoso es —insistió el galileo.

—La recuerdo, sí. Pasamos juntas una buena pascua en casa de Simón. Ana, sí, pobrecilla.

Aquella vieja mujer no reparaba en el perro, ni siquiera en el hombre que lo traía porque para ella solamente existía el pasado. El galileo comprendió que era inútil continuar allí. Saludó y se fue sin recibir respuesta.

—Ana, sí —escuchó decir a la anciana mientras se iba.

Después de eso se metió por las callejuelas confusas que conducían al templo.

Le preguntó a un niños que jugaban, pero ellos no supieron darle ningún dato.

Detuvo a un hombre que llevaba una cabra a las espaldas y fue en vano.

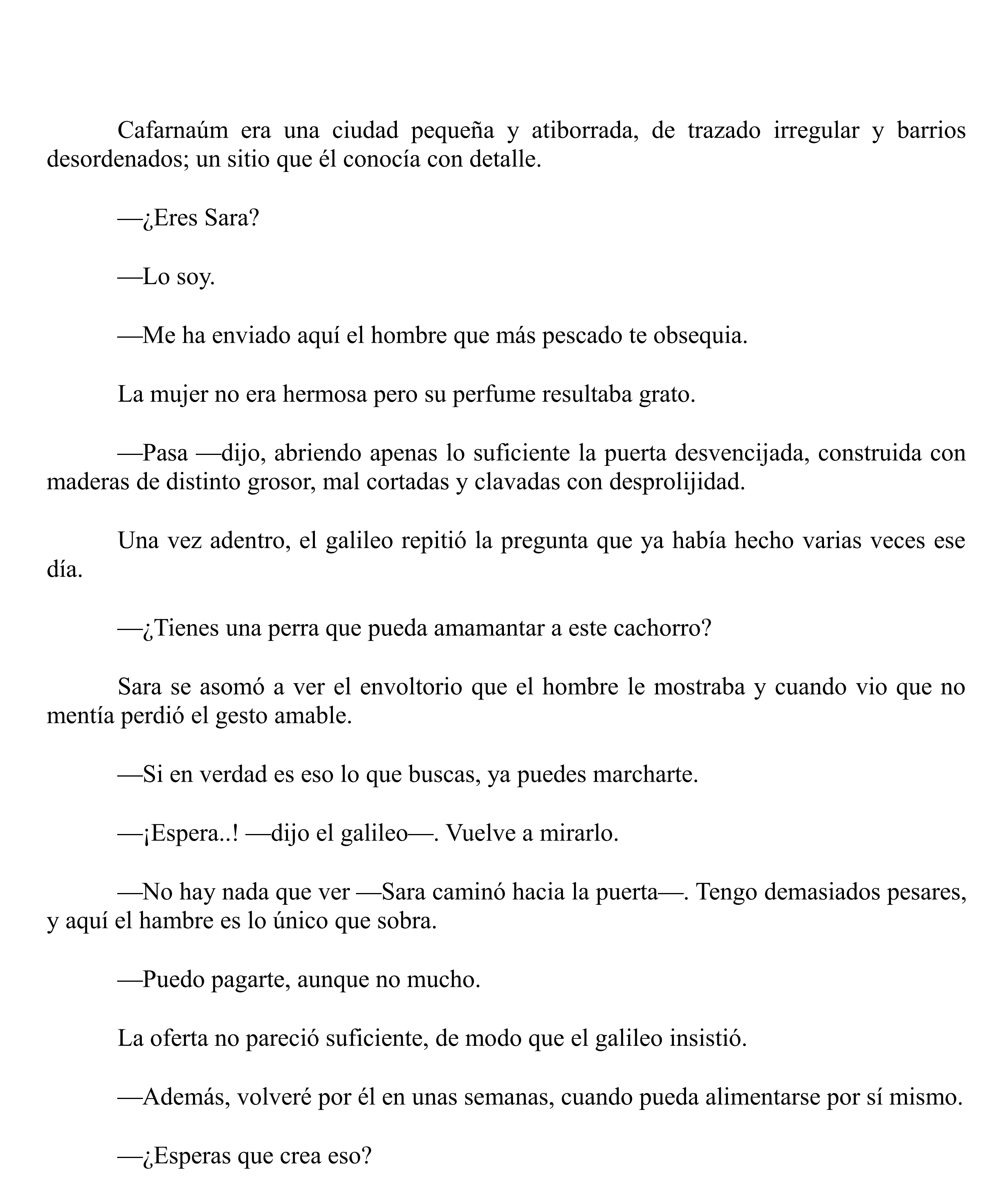
—¿Si sé de amamantar perros? ¿Me oíste ladrar o algo peor? —le respondió una mujer obesa que se sintió insultada por la pregunta.

La calle que recorría, con Miga de León envuelto en un paño sucio, se ensanchaba en una plazoleta que los pescadores utilizaban para extender y remendar sus redes. Allí volvió a preguntar y esta vez tuvo mejor suerte.

—Camina hasta la calle del cementerio y toma al oeste ¿Conoces la casa del

maestro? Pues continúa y cuenta siete casas más. Allí vive Sara. Dile que te ha mandado el hombre que más pescado le obsequia. —El hombre hizo un gesto cómplice—. Ve, que ella va a ayudarte.

El galileo tomó el camino que le indicaban.



Cafarnaúm era una ciudad pequeña y atiborrada, de trazado irregular y barrios desordenados; un sitio que él conocía con detalle.

—¿Eres Sara?

—Lo soy.

—Me ha enviado aquí el hombre que más pescado te obsequia.

La mujer no era hermosa pero su perfume resultaba grato.

—Pasa —dijo, abriendo apenas lo suficiente la puerta desvencijada, construida con maderas de distinto grosor, mal cortadas y clavadas con desprolijidad.

Una vez adentro, el galileo repitió la pregunta que ya había hecho varias veces ese día.

—¿Tienes una perra que pueda amamantar a este cachorro?

Sara se asomó a ver el envoltorio que el hombre le mostraba y cuando vio que no mentía perdió el gesto amable.

—Si en verdad es eso lo que buscas, ya puedes marcharte.

—¡Espera..! —dijo el galileo—. Vuelve a mirarlo.

—No hay nada que ver —Sara caminó hacia la puerta—. Tengo demasiados pesares, y aquí el hambre es lo único que sobra.

—Puedo pagarte, aunque no mucho.

La oferta no pareció suficiente, de modo que el galileo insistió.

—Además, volveré por él en unas semanas, cuando pueda alimentarse por sí mismo.

—¿Esperas que crea eso?

—Sí, espero que lo creas.

Sara tenía una profesión que ninguna mujer honesta querría nombrar. Y eso le otorgaba capacidad para reconocer, con mucho acierto, la índole de los hombres.

—Dámelo —dijo, extendiendo las manos. Y enseguida agregó lo que más le interesaba—. Y tal vez cuando regreses tengas algún tiempo para mí.

—Mientras tanto, llámalo Miga de León —sonrió el galileo de barba prolija y piel aceitunada.

Supe que él había regresado mucho antes de que llamara a la puerta de la mujer que había defendido, para mi extrema debilidad, una de las tetas de la perra. Pero ahora mi padre venía a buscarme, y eso significó mi primera felicidad verdadera.

—Dejaste una pelusa y te llevas un camello —dijo Sara.

—Demoré más de lo previsto —se disculpó el galileo.

Y yo supe, por el borde de su sayo, que mi padre había estado lejos y que, en ese momento, estaba hambriento.

—Traigo algo para ti —dijo el hombre, después de acariciar a Miga de León y comprobar que sería un animal grande—. Ven a ver.

Una puerta nueva, hecha de madera sólida, descansaba contra el muro de la casa. Y junto a ella, algunas herramientas.

—Conozco el oficio de carpintero y, con un poco de suerte, quedará bien.

Noté que la mujer miraba a mi padre de un modo distinto al que miraba a los hombres que a diario la visitaban.

El galileo estuvo un rato cepillando la madera para adecuar la puerta a la abertura.

Cuando el hombre terminó su trabajo y comprobó que estaba bien hecho, Sara lo invitó a sentarse a su mesa. En el fogón de piedra se cocía un pescado.

—Puedes comer conmigo si lo deseas. Hoy no vendrá nadie a visitarme.

Pero aunque mi padre tenía hambre, agradeció la invitación sin aceptarla.

—Regresa alguna vez —le dijo Sara con pena—. Y trae a este animal, porque acabé tomándole afecto.

—No creo que pueda hacerlo —respondió el galileo—. Pero, quizás, un día tu vayas a verme.

Muy pronto aprendí que mi padre podía hacer que la gente sudara con un ligero olor dulce.

El galileo y Miga de León partieron en dirección al templo sin imaginar que en el trayecto, sobre la Ruta de los Filisteos, hallarían una caravana detenida.

Se trataba de una formación importante donde, con seguridad, estaría viajando gente poderosa.

El galileo continuó su camino sin reparar en los lujos que ostentaba la formación. Pero Miga de León corrió hacia la caravana, maravillado por los nuevos significados.

—¡Miga de León, ven aquí!

Discúlpame, padre, pero debo entender esto.

—¡Miga de León, regresa!

Discúlpame, padre, pero aquí hay muchas cosas que no conozco.

Un perro blanco y delgado, de orejas puntiagudas y colmillos finos, saltó por entre las cortinas de un carro lujosamente cubierto y avanzó sobre Miga de León con un ladrido agudo. El miedo aceleró el corazón del cachorro negro.

¡Padre, ayúdame!

El galileo, que estaba unos pasos adelante, regresó sobre su camino y alzó a Miga de León para impedir que el perro blanco lo lastimara.

—¡Disys! —llamó alguien que asomó la cabeza. Y enseguida, mirando al galileo, agregó—. No le hará daño.

A pesar del temor que acababa de conocer, Miga de León tuvo oportunidad de notar que la persona que hablaba con su padre no era un hombre y no era una mujer.

El galileo dejó a Miga de León en el suelo.

—¡Que jueguen entonces!

¿Estás seguro de lo que haces dejándome a su alcance? ¿Estás seguro, padre?

Mientras los dos perros se olfateaban, el galileo se acercó al eunuco etíope y le dirigió la palabra sin ninguna prevención.

—Mi perro se llama Miga de León, y lo pesqué en el Tiberíades.

—Mi perro se llama Disys, y fue el único que se negó a devorarme —respondió el eunuco de piel oscura.

DIAMEL, EL ETÍOPE



El papagayo no tenía buen corazón.

El gran papagayo que el visir le había obsequiado a su esposa predilecta no era un ave del paraíso sino un alma ruin, emplumada de azul y rojo, que no hizo lo que hizo con inocencia.

Porque el papagayo odiaba a Disys, el perro del etíope que visitaba las habitaciones intimas de su ama y le hablaba de amor.

El perro y el ave se detestaban. Y siempre que estaban juntos, uno posado en la reja de hierro construida especialmente para ese fin y el otro en el suelo tapizado, se enfrentaban con ladridos y cacareos, gruñidos y aleteos.

Disys, el perro, clamaba para que el ave bajara de su sitio y él pudiera despedazarla.

El papagayo se burlaba desde la altura y movía el cogote con arrogancia.

Pero eso no le importaba a Diamel, tampoco a Halima, la esposa más bella del visir, puesto que ambos se amaban demasiado como para detenerse en ningún odio. Y porque cada vez que lograban encontrarse sus cuerpos parecían de seda, tal era el modo en que se enredaban.

Podía decirse que Diamel, el etíope, era doblemente esclavo.

Esclavo de los egipcios que, por entonces, habían sido dominados por los romanos. Siervo de los unos y de los otros, Diamel tenía, sin embargo, la mirada de un hombre doblemente libre, y cantaba y amaba como solo aman y cantan los hombres sin dueños.

Cuando Diamel y Halima estaban juntos, ambos eran más bellos. Como una llama coronando un candelabro de oro, así sucedía con ellos.

Diamel, el etíope, conocía el arte de componer canciones, y cada vez que lograba burlar la vigilancia del harem y visitar a su amada, traía alguna consigo. Se trataba de canciones extrañas que algo tenían de su tierra y algo de su cautiverio, pero mucho más del

amor sin condiciones que sentía por una mujer que podía costarle la vida.

Las dos personas que conocían el secreto eran de fiar.

Una de ellas era la cocinera del harem y tía de Halima. La buena mujer arriesgaba su pellejo llevando y trayendo mensajes junto a los pichones rellenos con dátiles y debajo de las jarras de leche.

La otra persona era un guardia cuyo hijo había sido azotado por orden del visir de tan brutal manera que había perdido la vista. Ahora, el padre se tomaba venganza en cada ocasión que abría la puerta para que el esclavo etíope entrara a las habitaciones privadas y amara a su esposa.

El secreto estaba a buen resguardo y por eso duró muchos meses, durante los cuales el amor no hizo más que crecer e iluminar.

Había veces en que Diamel y Halima soñaban con escapar del palacio, pero ese era un acto improbable de modo que, al fin, era mejor abrazarse y permanecer uno junto a otro antes que pensar en la muerte.

—¿Traes contigo alguna canción? —decía ella.

Mi hermosa se viste como un pez

y se unge con aceites puros.

Yo siempre llego a ella

con el corazón en las manos

y allí lo dejo cuando me marcho.

Entre el amor de mi hermosa y el mío

hay un río oscuro

y un cocodrilo nos vigila.

Pero soy fuerte y no le temo

porque sé que nuestro amor

es mas seguro que la tierra.

—Diamel, nunca me dejes —solía decirle ella cuando se despedían.

Y fue justamente eso lo que el papagayo aprendió con el esmero que le daba el odio. Y fueron esas palabras las que repitió la noche en que el visir visitaba a su esposa preferida.

"Diamel nunca me dejes, Diamel nunca me dejes, Diamel nunca me dejes...".

La frase que, en la voz de Halima, era una grano de uva, salía repugnante de la garganta del papagayo: nunca me dejes, Diamel, nunca me dejes...

El visir no lograba entender.

—¿Qué está diciendo?

—Ven aquí —quiso distraerlo Halima—, y bebe este vino nuevo.

Pero el papagayo no iba a darse por vencido.

"Diamel, nunca me dejes, Diamel, nunca me dejes, Diamel...".

Tristemente, el visir acabó por entender lo que al ave decía.

Conocía muy bien al esclavo etíope y no demoró en imaginar la situación.

Era visir y casi un anciano, pero no era sordo ni necio. Fuera de sí, sujetó a su esposa por el brazo con tal brutalidad que las pulseras ornamentadas con dijes se clavaron en la carne de Halima hasta hacerla sangrar.

—¡No sé qué está diciendo! —suplicó la joven, pero en sus ojos apareció el secreto.

A partir de ese instante, el visir de Egipto no haría nada más que dar órdenes.

Decapitar al papagayo para que nunca repitiera su vergüenza.

Azotar a Halima y repudiarla. Expulsarla a las calles, donde estaría obligada a mendigar el resto de sus días, sin poder regresar ni siquiera al hogar paterno.

Para Diamel, el castigo estaba en manos del barbero del palacio.

Ese mismo día, desnudaron al esclavo etíope, y lo ataron de pies y manos para que controlar su furia y su fuerza.

El barbero, aquel que se ocupaba de la belleza del visir, sus ministros y su familia, eligió la hoja mejor afilada. La orden había sido clara:

—¡Que pierda todo aquello con lo que me ofendió!

El barbero no hubiese querido hacerlo, pero no tenía más remedio debido a que el visir quería ver las pruebas.

—Perdóname —dijo, al tiempo que mutilaba al hombre etíope que sabia componer canciones de amor.

El alarido cruzó los salones del palacio.

Disys aulló por el dolor de su dueño.

El barbero aplicó de inmediato una medicina que detendría la hemorragia y colocó vendas de algodón que pasaban entre las piernas de Diamel y se sujetaban con varias vueltas alrededor de su cintura. Después, envolvió en gasas las pruebas de su cirugía y se las llevó al visir para que las viera con sus propios ojos.

—Este es mi trabajo —mostró el barbero.

—Ahora —dijo el visir—, dénselo de comer a los perros y que el etíope lo presencie.

Y tal como el visir lo había ordenado se hizo.

Y Diamel, el etíope, vio a los perros comer su hombría. Pero vio también al buen Disys alejarse a un rincón, llorando como si a él mismo lo hubiesen castrado.

El palacio del visir tenía un nuevo eunuco.

Entonces, empezaron, para Diamel, los peores días y los peores sufrimientos.

Sabía que era inútil luchar por mantener la voz y la tensión de los músculos porque, tarde o temprano, su cuerpo empezaría a cambiar sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

Pero era otra cosa la que peor lo lastimaba, era otra pregunta: ¿Qué pasaría con su enorme amor por Halima? ¿También se desvanecería igual que el tono de su voz y el vigor de su cuerpo?

Si ya no era un hombre, ¿podría seguir amando a una mujer?

Nada sino eso lo desesperaba y, a cada momento, miraba su interior para comprobar si su amor seguía allí. Y siempre lo encontraba intacto.

—Disys, mi amor por Halima no se opaca sino al contrario —decía Diamel.

Y sin embargo, al día siguiente regresaba a su tormento.

—Solo deseo conservar mi amor por ella. No mi voz, que ya empieza a cambiar, ni la fuerza de mis brazos, que ya no es la misma... Solo el amor que siento, con eso me basta. ¿Será posible mantenerlo conmigo?

Un año más tarde, el visir quiso obsequiar al gobernador de Galilea para reparar algunos conflictos menores que se había sucedido. Y entre algunas alhajas, decidió enviar el mejor eunuco del palacio.

Así fue como Diamel abandonó Egipto para siempre, llevando a Disys consigo.

En el camino, mientras atravesaba la ciudad, buscó entre las mendigas intentando encontrar a Halima, pero su búsqueda fue inútil.

Tiempo después, sobre la Ruta de los Filisteos, y cuando acompañaba a una caravana donde viajaba la esposa del gobernador de Gallea, el eunuco se encontró con un hombre que le dirigió la palabra sin prevenciones.

—Mi perro se llama Miga de León, y lo pesqué en el Tiberíades.

—Mi perro se llama Disys, y fue el único que se negó a devorarme.

Para entonces, aun conservaba el mismo temor, la misma pregunta y sombra que lo perseguía desde Egipto: perdida ya su apostura varonil, ¿perdería también el inmenso amor que sentía por Halima?

Quiso hablar con el hombre que ahora se hacía sombra con las manos para verlo mejor.

—¿Hay algo que desees decirme? —preguntó el galileo.

—Nada —respondió el eunuco y, luego de llamar a su perro, se ocultó tras las cortinas del carruaje.

Mis seis hermanos muertos, Sara y el pescado que cocinaba a diario, el miedo y el trapo para limpiar plata, tú y tus sandalias, las primeras voces de la aldea que andaremos juntos, el olor de hombre, el olor de la mujer, el olor del que no es lo uno ni lo otro, tu sonrisa y tu sayo. ¡Tantas cosas estoy entendiendo! Miga de León, mi nombre. Disys, otro nombre. Y tus pasos, que reconoceré desde lejos y entre miles. Padre, estamos juntos en Cafarnaúm, y soy feliz.

LAS MANCHAS DE SIMÓN



Mircia y Simón, madre e hijo, trabajaban como sirvientes libres en el palacio del gobernador de Galilea.

Mircia había enviudado y por eso aquel rincón de servidumbre, donde permanecía gracias a que su hijo ya estaba en edad de trabajar, era una buena estrella.

Aquel día de verano, Simón se dirigía a las caballerizas cargando unos aperos.

Cuando vio al eunuco ya era demasiado tarde para desviar el camino, cosa que de buena gana hubiese hecho porque lo avergonzaba pasar frente a él sin dirigirle la palabra, y lo apenaba apartar con brusquedad a Disys cuando el perro se acercaba a saludarlo. Pero ambas cosas debía hacer puesto que Mircia se lo exigía.

Algunas veces, Simón se había sentado junto al eunuco para escucharlo contar su historia de amor. Pero eso se había acabado.

—Mantente lejos de la impureza, Simón. Lo más lejos posible —le había ordenado su madre.

Eran difíciles los pasos que debía dar hasta el sitio donde estaba Diamel, que lo miraría pasar sin rabia ni altanería, tan solo cansado de su destino.

Tal vez por culpa de la viudez temprana, Mircia se había transformado en una mujer dura, inflexible a la hora de señalar las más mínimas faltas a las normas, cualquier corrimiento de la disciplina, cualquier mota de polvo.

Y Simón, por ser el más amado, era también el más exigido.

—Jamás vuelvas a acercarte al eunuco.

A los catorce años, Simón era lo que toda la ciudad de Nazareth consideraba un buen hijo. Y obraba a diario como el cielo de Nazareth lo pedía. Pero Mircia no veía en ello nada más que el cumplimiento de un deber.

Por todo eso, Simón pasó frente al eunuco sin mirarlo, y empujó a Disys con el pie.

—Si así fue castigado —decía Mircia— ha de merecerlo. Y si lo merece, nosotros debemos alejarnos de su mal. ¿Lo comprendes?

Simón cargaba el fardo a sus espaldas, sosteniéndolo con ambos brazos.

A Simón le gustaba el calor del verano y, aquella tarde, el calor sobraba. Cuando terminara la tarea, podría jugar con las bolitas de mármol.

En las noches calurosas, su madre dejaba abierta la puerta de la pequeña casa de piedra que, junto a otras, se alzaban en la parte trasera del palacio. La puerta abierta a la noche era, para Simón, un tesoro más valioso que las caballerizas del gobernador.

Por sostener los aperos a las espaldas, los brazos de Simón estaban muy cerca de su rostro. Por esa causa, notó una mancha de harina, de polvo, una blancura que iba a sacudirse apenas dejara su carga.

Descargó. Acarició a un caballo que quería especialmente.

Al salir de la caballeriza, volvió a ver la mancha de harina, de polvo, de alguna cosa que sacudió y sacudió, pero que no se iba...

Simón se detuvo para mirarla bien. Era blanquecina y estaba ligeramente hundida.

Esa noche, sin embargo, Mircia abrió la puerta. La noche de verano era bella, y Simón olvidó el asunto.

Lo recordó a la mañana siguiente, cuando fue a lavarse.

Lo olvidó durante los trabajos de la mañana.

Lo recordó mientras comía una pera y el jugo le chorreó por el antebrazo.

Lo olvidó hasta el otro día.

En el río, cuando se bañaba, se encontró otras manchas semejantes en el muslo derecho.

Lo olvidó jugando con las bolitas de mármol.

Esa noche, su madre le preguntó por qué hacía ruido para respirar, y él no quiso contarle que sentía dolor en el interior de la nariz. Pero luego Mircia volvió a abrir la puerta y él volvió a olvidarlo.

Lo recordó al levantarse con los pies entumecidos.

Lo olvidó mientras cepillaba los caballos.

Lo recordó cuando se le durmió la lengua.

Quiso olvidarlo y ya no pudo.

Porque a partir de entonces solo quiso olvidarlo, Simón solo quiso evitar que la palabra se completara en su cabeza, lo impronunciable no debía pronunciarse, lo impensable no debía pensarse, había una palabra que olvidar, solo taparse los brazos para que nadie lo viera, que no lo vieran hasta que se sanara, porque sanaría, no era eso, esa palabra, era otra cosa, otra cosa, otra cosa, un día, mañana mismo, se irían las manchas, se irían los bultos que le habían crecido adentro de la nariz y sobre los dientes, no la pronuncies, no la pienses, Mircia lo decía a diario, quien recibe tales sufrimientos merecidos los tiene, nadie, ni su propia madre..., ¿a quién podía mostrarle aquello para que le dijeran no temas, Simón, ya pasará? Nadie, ni su propia madre que siempre decía lo que decía, Diamel, solo a Diamel, él sabía de esas soledades, corre para que el eunuco te diga que no es nada, que sanarás pronto, no pronuncies la palabra, no la pienses...

Simón llegó temblando adonde Diamel acostumbraba sentarse, por las tardes, a componer canciones.

Esta vez, Disys se quedó escondido tras las piernas de su dueño.

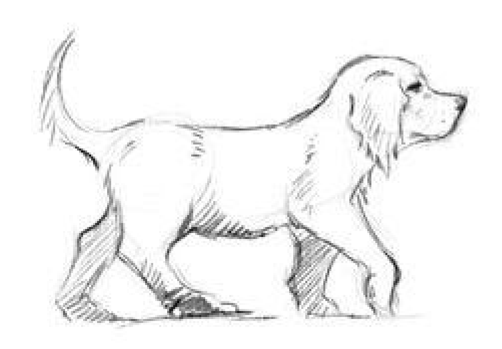
El eunuco esperaba, intentando no reflejar en sus ojos el aspecto desolador que Simón traía consigo. Pero la voz de Mircia se interpuso de nuevo entre Simón y Diamel:

“Aléjate del impuro” “Aléjate del perverso que se ha ganado el dolor con sus pecados”.

Y Simón corrió lejos de allí, sin decir nada.

Él no era un eunuco, no era un impuro, no era un leproso.

OTRO EN LA MANADA



El gobernador de Galilea era implacable con sus deudores: si alguien le debía, alguien le pagaba. Por causa de tratos incumplidos, muchas familias acaudaladas perdieron sus fortunas.

Los soldados del gobernador llegaban a las casas de quienes habían caído en desgracia y cumplían las órdenes sin ninguna vacilación, sacándolos fuera con lo que llevaban puesto, con lluvia o con sol, con Dios o sin Dios.

En muchas ocasiones, la mendicidad era el destino de hombres que, poco antes, se habían llenado la barriga de vinos y manjares y se habían colgado cadenas de oro.

Uno de ellos se sumó a la corte de mendigos que rodeaban el templo, y allí se instaló con su reuma atroz y con su perro, sin imaginar que la pobreza también se aprende.

Sin saber que no hay harapos peores que los que resultan de las ropas suntuosas.

Sin saber que nadie se apiada del que no sabe pedir con suficiente humildad.

Sin sospechar que su perro, acostumbrado como él a la lujuria, tampoco iba a entenderlo.

Aprendí de mi padre a recorrer las calles.

Mi padre es andariego y conversador. Se detiene con gente de distintos olores, los que huelen a satisfacción, los que huelen a amargura. Yo aprovecho esos largos momentos para hacer mis recorridos por las calles de Cafarnaúm, de Betania, de Nazareth, porque mi padre nunca está quieto.

Sé que después volvemos a encontrarnos en algún lugar, y entonces él me sonríe y yo también.

Ese día, estábamos en Betania. Mi padre se había entretenido hablando con unos pescadores con los que se encontraba a menudo. Por su manera de sentase, supe que la conversación sería larga, así que yo me marché.

Apenas me había alejado cuando lo vi, revolviendo unos bultos con entusiasmo. Me fui contra él, seguro de poder arrebatarle lo que allí hubiera de bueno.

No fue necesario más que acercarme para que se hiciera a un lado. Tenía un pedazo de trapo entre los dientes. No grasa, ni huesos ni pellejo, ni siquiera cáscaras, solamente un trozo de tela.

Alcé la cabeza y vi que se alejaba.

Fui tras él.

Se dirigió al templo por el mismo camino que mi padre y yo hacíamos a menudo. Cuando llegamos, un hombre tirado en el suelo lo llamó con voz débil. Salsifí, le dijo. Y supe que, como yo, él también tenía un padre y un nombre.

Salsifí le obsequió a su padre el trapo que traía consigo. Olí la decepción del hombre. La decepción y el hambre.

Conozco muy bien ese olor porque paso mucho tiempo en las calles. Y así olía el hombre arrinconado contra un muro del templo, incapaz de valerse por sí mismo.

A su alrededor había pedazos de vasijas y de mosaicos, maderas, ropa sucia, herramientas rotas.

Salsifí volvió a irse y yo tras él.

Fuimos y regresamos muchas veces. Y siempre igual: Salsifí comía lo que hallaba, y yo le cedía, para luego llevarle objetos desechados al hombre que lo esperaba.

Lo hacía por amor. Salsifí creía que era eso lo que su amo le reclamaba, porque Salsifí no conocía el olor del hambre.

Cuando anocheció los abandoné.

Me fui trotando por las calles oscuras de Betania hasta que hallé a mi padre. Estaba en la casa de unas mujeres que tenían un hermano moribundo.

Me eché a esperar que saliera.

El amo de Salsifí se apagaba junto al templo sin que nadie reparara en él. Ya ni siquiera los mendigos lo vigilaban porque no había nada que quitarle.

Iba a morir al caer la tarde, y tantos fueron sus excesos que no había alcanzado a enflaquecer. El amo de Salsifí moría con su barriga puesta, y adolorida a causa del hambre.

Poco antes del final se le acercó un hombre que, durante años, había sido su camellero. Se puso en cuclillas al lado del agonizante y lo miró largamente.

—¿Me recuerdas...? Trabajé para ti, te vi darle de comer a tu perro delicadezas que jamás comieron mis hijos. ¿Qué me dices ahora? ¿Tienes hambre? Supongo que habrá amigos que te obsequien cordero. ¡Cuantos de ellos acudían a diario, rodeaban tu mesa, y metían el pan en las fuentes con salsas! ¿Sabes?, anda un hombre por aquí, dicen muchas cosas sobre él y no sé cuál de todas es cierta. Pero con seguridad, no hubiese sido tu invitado. Lo oí decir que un camello pasa por un aguja antes de que los hombres como tú vayan al cielo. Dijo muchas otras cosas, pero quizás yo recuerdo eso porque soy camellero. Aunque algo más viene a mi cabeza... Es un hombre extraño, habla y no sabes qué pensar. Él dice que debería darte un sorbo de agua y dice que debería amarte.

Desde que quedó solo en la ciudad, Salsifí camina conmigo; tanto que ya me acostumbré a tenerlo detrás.

Juntos recorremos la ciudad, juntos buscamos alimento y juntos nos enfrentamos a todos las dentaduras de Galilea.

Lo único que le impido son las caricias de mi padre, que parece quererme menos que antes, que ya no se sienta a hablar conmigo como si hablara con él mismo. Ahora mi padre anda de un lado a otro y siempre hay personas que lo reclaman.

He visto furioso a mi padre, lo he visto asustado y también triste. Más triste cuando cantan los gallos, ¿por qué eso lo entristece tanto?

LA CASA FAMILIAR



Estamos en Nazareth, y vamos camino a la casa donde vive una mujer que se parece a mi padre. Ella llora cuando llegamos y, cuando nos marchamos, me pide que lo cuide.

Es su madre; lo sé porque tuve una y entiendo ese olor.

Esta vez, Salsifí viene con nosotros. Mi padre no sabe su nombre tal vez por eso lo llama, ¡pst!, con un sonido.

Como siempre, la mujer sale a recibirnos. Abraza a mi padre. Y él le besa la frente.

Casi enseguida, camina hasta un sitio pegado a la casa, un sitio donde hay mucha madera. Me gusta ese lugar porque encuentro pedazos de madera blanda, buena para morder.

Santiago trabajaba en la carpintería situada junto a la casa. Y aunque sabía que su hermano mayor había llegado, no salió a darle la bienvenida. Tampoco levantó los ojos del trabajo cuando el galileo se le acercó y lo tomó por el hombro.

—Deja eso por un momento y ven a conversar conmigo —dijo el recién llegado.

Santiago gruñó una excusa.

—Hace una mesa que le encargaron con urgencia —intervino la madre de ambos, procurando disimular la dureza de la situación.

El galileo decidió no insistir, pero cuando estaba por salir del lugar Santiago alzó la voz:

—¿No te conforma la multitud que se reúne a escucharte? ¿Pretendes que también lo hagamos nosotros?

La mujer se llevó las manos al corazón y, como siempre lo hacía, salió en defensa de su hijo mayor; el que siempre estaba lejos, el que había nacido el día de la estrella. Esa conducta, solo alimentaba el enojo de Santiago.

—Ahí tienes a tu madre —dijo. Y se acercó con violencia al galileo, que permanecía inmóvil en su lugar—. Dile que harás algo para que deje de llorar por ti, dile que volverás a hablar de modo que todos podamos entenderte, que dejarás de jactarte en tus discusiones con los sacerdotes y serás igual a cualquiera de nosotros.

—No he venido hasta aquí a decir mentiras —respondió el galileo.

A Santiago, su tono de voz no le pareció apacible sino soberbio.

—¡Nos avergüenzas! ¡Deja de decir que puedes curar enfermos y abrir las aguas! Somos una familia honrada, y tus mentiras nos ensucian!

Un hijo permanecía en completo silencio. El otro, increpaba con furia. La madre volvió a hablar:

—No es cierto lo que Santiago dice. —Sus ojos estaban anegados—. No es eso lo que nosotros pensamos sobre ti...

Nada más hacía falta para que Santiago saliera del lugar y se alejara.

Cuando está aquí mi padre duerme mucho, duerme largas horas a la sombra del árbol, duerme como nunca lo hace. Y yo me siento a mirarlo.

Pero nunca nos quedamos más de un día porque mi padre tiene mucho por hacer.

El galileo se marchó sin ver a su hermano, que no regresaba aun.

—No habrás de negarme la alegría de pasar contigo estas Pascuas —pidió la madre —. Iremos todos a Jerusalén a festejar con nuestros parientes.

—Iré también a Jerusalén, y allá nos encontraremos —respondió el hijo.

—Vela por este hombre —la mujer se dirigió a Miga de León—, porque muchos lo aman pero pocos lo cuidan.

Esta vez dejamos la casa al amanecer.

La madre nos dio alimento suficiente para los tres y para la gente que se sumaría en el camino.

Mi padre es un gran caminante y yo también. Salsifí, en cambio, se cansa con facilidad.

¿Qué cosa está sucediendo en la ciudad? ¿Por qué los gallos cantan más que nunca?

EL EXTRANJERO Y UN ANCIANO DE GALILEA



Un hombre había llegado a la provincia de Galilea que no era de allí. Tampoco era romano. No era sirio ni etíope. No era egipcio ni griego. A veces parecía lo uno, otra veces, lo otro. A todos y a nadie se parecía el hombre que había llegado a la provincia de Galilea con un perro aventeador, de esos que olfatean por el aire y no por la tierra.

Aunque jamás contestaba las preguntas que se le hacían acerca de su origen y de las causas que lo retenían en Galilea, el extranjero solía ganar la confianza de aquellos que se cruzaban en su camino.

Vestía parecido a cualquiera, solo que toda su vestimenta era de color pardo. Además, en lugar de sandalias, llevaba un calzado que le cubría casi todo el pie.

El perro que lo acompañaba tenía patas cortas y una musculatura de gladiador. Su hocico apuntaba siempre hacia arriba, siguiendo las huellas de alguien.

Aquel extranjero hablaba en arameo si trataba con gente sencilla, en hebreo cuando el asunto era la religión y también en griego cuando quien tenía enfrente era una persona rica y poderosa.

Pero, ese día, hablaba en arameo porque el hombre que había hallado junto al pozo de agua pertenecía al pueblo pobre de Galilea.

—Te tomas la cabeza, y eso es signo de fatiga o de preocupación —dijo el extranjero.

El hombre alzó la mirada, molesto por aquella imprudencia; pero la sonrisa mansa del extranjero lo aplacó.

—Tú los dijiste, preocupación.

Entonces, el extranjero se sentó a su lado, sacó de su bolsa un puñado de frutos secos y lo invitó extendiéndole la palma rebosante:

—Come conmigo.

Durante un buen rato solo se escuchó el crujido de las dentaduras.

El hombre tomaba las frutas de mano del extranjero, y debió ser eso lo que acabó

por darle la confianza necesaria.

—Se trata de mi buena hija, Eliseba —dijo.

—¿Sufre de alguna enfermedad?

—No, mi Eliseba goza de buena salud.

—No es ese el problema. Entonces, ¿cuál es?

El hombre suspiró.

—Ha llegado a la edad de casarse y, con eso, ha llegado mi amargura.

—¿Es tu hija tan fea que nadie la requiere como esposa?

—¿Fea, dices? Es tan hermosa como la ribera florecida de Tiberíades. Y quizás por eso mismo, yo estoy en una encrucijada que no soy capaz de resolver por mí mismo. Y me he sentado aquí, reclamándole ayuda a Dios.

El perro aventeador gruñó con fiereza.

—¡Aléjate! —le ordenó su amo. Y el animal obedeció.

—Si lo deseas, cuéntame y así te aliviarás. —El extranjero se sacudió las manos para quitarse las migajas de los frutos secos.

—Eliseba es una buena hija y hará lo que yo le pida. Pero sé bien a quien ama desde que era casi una niña... Sin embargo, estoy viejo y enfermo.

—Tal vez puedas contarme con más orden, porque siendo tu hija buena, saludable y bella, teniendo un buen amor, no logro entender cuál es la causa de tu extremo pesar.

—El pesar —respondió el hombre— viene porque aquel a quien ella ama es un pescador que vive con los denarios del día, ¡y eso si hay buena pesca! En cambio, otro hombre me la ha pedido en matrimonio. Se trata de un hombre acaudalado, que me daría por ella una buena dote; bastante para afrontar mi vejez. Pero, ¿puedo yo pedirle a mi buena hija ese sacrificio?

El extranjero respondió de inmediato.

—Puedes y debes. Puedes porque así lo dice la ley. Pero también debes, porque será lo más acertado para ella.

—No comprendo cómo sería acertado para ella un matrimonio odioso.

—Tu hija es joven y canta... Está enamorada y cree que el día de hoy será eterno. Sin embargo, tú y yo sabemos que el tiempo pasa y destruye, pasa y agria, pasa y quita el color. Y dime, ¿qué será de ella cuando, en unos años, vea que su decisión ha causado la ruina de su padre? Tal vez hayas escuchado del hombre que murió en la puerta del templo, rodeado de la basura que le llevaba su propio perro. Y bien, si a eso llegó un hombre que antes fue poderoso, ¿a qué no llegarías tú? Y ¿qué será cuando tú esté acabado, mendigando, y ella sea incapaz de ayudarte? ¿Sabes lo que te dirá…? Te dirá: Padre, por qué permitiste que cometiera ese error. Te dirá: Padre, cómo no utilizaste tus años contra mi juventud y tu sabiduría contra mi insensatez.

El hombre escuchaba con atención, y hallaba mucha verdad en lo que el extranjero le decía.

—Más todavía —continuó el amo del perro aventeador—, ¿Qué será de los hijos de tu hija? Pobres también, y condenados a las faenas más duras. De ese modo los dos extremos de la soga, el de la vejez y el de la infancia estarán dañados. Y en el centro tu hija Eliseba, arrepentida de una determinación tomada por el impudicia tan propia de los jóvenes.

—Encuentro verdad en tus palabras —dijo el hombre—. Aun así, de solo imaginar su rostro cuando se lo diga...

—Ahora llorará, debes saberlo. Pero el llanto de hoy traerá la calma de mañana, cuando luzca junto a su esposo una buena casa y vea que su padre pasa una vejez sosegada y vea que sus hijos crecen sin pobreza.

La conversación se extendió unas cuántos minutos más, hasta que el perro aventeador comenzó a aullar oliendo el aire, moviéndose con nerviosismo entre su amo y el camino. El extranjero pareció olvidar, de pronto, al hombre con quien estaba hablando amablemente y clavó sus ojos en la distancia, tan inquieto como su perro.

Alguien se acercaba.

Miga de León y Salsifí venían trotando delante del galileo, que regresaba de haber estado un día en la casa materna, y había elegido la calle del pozo de agua para entrar a la ciudad.

El perro aventeador se erizó de un modo inexplicable, y clavó en el camino sus patas abiertas. Del otro lado del desafío, Miga de León se detuvo en seco. Miga de León era un animal valiente, acostumbrado a las peleas callejeras, pero el perro que tenía frente a él era algo diferente a todo lo que conocía. Salsifí, acostumbrado a los almohadones y los dulces, se alejó corriendo y recién se detuvo a mirar desde una buena distancia.

El corazón de Miga de León latía con prisa y con desorden. Buscó los pies de su padre.

También el galileo se había detenido y miraba al extranjero cara a cara. Con tanta fuerza se miraban los dos hombres que parecían estar mucho más de cerca de lo que, en verdad, estaban.

El aventeador arrancó en carrera contra Miga de León. Miga de León recordó la bolsa llena de agua en la que había agonizado.

—¡Quédate ahí! —le ordenó el galileo al animal que avanzaba como un zarpazo del demonio.

El perro aventeador se detuvo sin dejar de gruñir y babear.

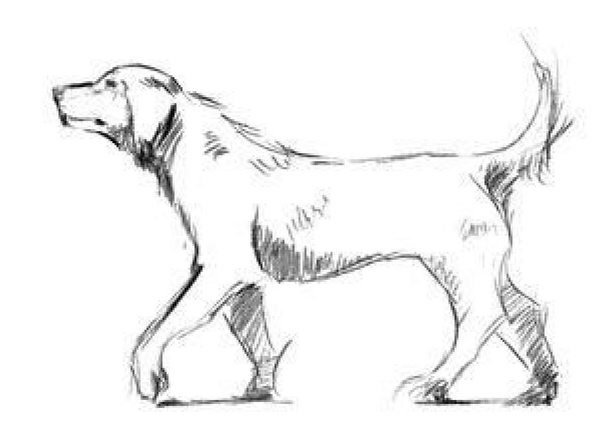
—Ahora regresa con tu amo —siguió el galileo.

Miga de León temblaba como cuando era un cachorro envuelto en un trapo sucio. El aire perdió su olor a aceitunas.

El extranjero llamó al aventeador con un silbido y se alejó sin darse vuelta.

Luego, los gallos de toda Galilea cantaron, aunque aun no era tiempo.

EL LUGAR DEL MIEDO



Herodes Antipas, gobernador de la provincia de Galilea. Herodías, su esposa. Salomé, su hijastra. Diamel, un eunuco etíope que, tras ser obsequiado por el visir egipcio, formaba parte de la compañía predilecta de Salomé.

Para entonces, la voz de Diamel había perdido la virilidad y su cuerpo se ensanchaba en las caderas; pero Diamel seguía amando a Halima con la misma pasión que sentía cuando su cuerpo de varón estaba completo.

A Salomé le gustaba hablar con Diamel. Y para eso acostumbraba convocarlo a su lado casi todas las tardes. Con frecuencia, pedía que el eunuco le cantara las canciones que componía. Escuchándolas, la hijastra de Herodes Antipas imaginaba que habían sido compuestas para ella cuando, en verdad, estaban destinadas a una mujer que mendigaba en los pueblos egipcios, con la razón extraviada.

—Diamel, cántame de nuevo aquella canción donde me comparas con un ave —pedía Salomé, tanto era su convencimiento.

Pero el eunuco cantaba para otra, lejana...

—¡Canta, Diamel!

Y Diamel obedecía.

De mi amada es el cielo

porque mi amada es ave colorida.

De mi amada es la tierra

porque mi amada es hierba florecida.

Salomé actuaba ante Diamel sin ningún reparo, como si el eunuco no fuese nada más que un prolongación de sus deseos. Salomé se quitaba las ropas y se sumergía en el agua del baño porque el eunuco no era un hombre.

Así ocurrió ese día.

Salomé se sumergió en el agua fresca, echó la cabeza hacía atrás, cerró los ojos y preguntó:

—Diamel, ¿te conté acerca del hombre que se atrevió a insultarme?

—Nunca oí esa historia —dijo el eunuco porque, aun cuando Salomé lo había narrado muchas veces, era la respuesta que de él se esperaba.

La hijastra del gobernador de Galilea habló y habló. Aquella historia pasada le había dejado una cicatriz indeleble en su arrogancia.

—Era un prisionero de Herodes... Uno de los tantos que se dicen profetas y que solo pasaban aquí unos días a manera de escarmiento para luego regresar a las calles. Pero este, que se hacía llamar el Bautista, era diferente puesto que había insultado al gobernador y a mi madre. Mi padrastro lo hizo traer aquí porque su lengua había ido demasiado lejos, y fue arrojado a un mazmorra. El Bautista era un hombre extraño. Logró que yo pensara en él día y noche. A veces, escuchaba su voz atronando insultos. Pero la mayor parte de las veces escuchaba su silencio. Es enorme el palacio, lo sabes. Y las prisiones están alejadas... Sin embargo, yo no podía olvidar su presencia. Lo imaginaba orando, lo imaginaba mirando un punto fijo en los muros. Tanto que fui a verlo, me acerqué a él y le ofrecí interceder ante mi padrastro y pedir clemencia para él. Pero el Bautista rechazó mi piedad con las peores palabras, se burló, y dijo que su vida no dependía de mí, que nada podía hacer yo ni en su favor ni en su contra, que guardara mi generosidad para los pobres de Galilea. El Bautista dijo que era él quien se apiadaba de mí.

Diamel conocía el resto de la historia porque la había escuchado de la propia Salomé, y también de muchos sirvientes que no se cansaban de relatar lo mismo.

La ira de la hijastra de Herodes Antipas reclamó la inmediata decapitación del Bautista como obsequio de cumpleaños. Y fue satisfecha.

Como sabía sobradamente aquella historia, Diamel dejó que se alejara la voz de Salomé que recitaba, tal vez, su pesadilla. Y recordó otra voz... "Diamel, nunca me dejes".

En varias oportunidades, y después del extraño acercamiento de Simón, el eunuco había visto al muchacho en las distintas labores que le encomendaban. Entonces, le llamó la atención que Simón estuviera inusualmente cubierto para el calor que sofocaba en esa época. Y más de una vez lo vio detenerse y sentarse donde estuviera, como si su cuerpo ya

no lograra sostenerse.

Aquellas cosas, sumadas al modo en que Simón se había presentado ante él para luego salir corriendo, hicieron que Diamel tomara la determinación de enfrentarlo.

El eunuco decidió que esperaría hasta verlo alejarse de las inmediaciones del palacio, convencido de que Simón no iba a dirigirle la palabra mientras su madre rondara cerca.

La tarde en que lo vio envuelto en una manta bajo el sol ardiente, dirigiéndose al campo para hacer haces de pasto seco, el eunuco lo siguió.

Diamel solo quería hablarle. No espiarlo, no perseguirlo, mucho menos ver lo que vio cuando, creyéndose lejos de toda mirada, Simón se quitó la manta y las manchas de la lepra quedaron a la vista.

Allí estaba la enfermedad más solitaria.

La condena al leprosario, donde no había amor ni siquiera entre los apestados, porque aun ellos se repudiaban creyendo cada uno que sus llagas eran más leves, que no olían como los otros, que sanarían...

Diamel, el eunuco, volvió sobre sus pasos sin hacerse oír y se alejó corriendo, como si la lepra tuviera alas para irle detrás.

Rápido buscó la fuente, jabón para lavarse, se frotó con firmeza una vez, dos veces, se enjuagó la boca.

De pronto se encontró con la mirada de Disys recordándole su propia condición de impuro, y tuvo vergüenza de sí mismo.

HABLAR Y MORDER



Hoy es mucha la gente que rodea a mi padre.

Salsifí ya se ha acostumbrado a la vida en las calles y disfruta más que yo de las peleas. Correr, rebuscar y pelear; pelear con cualquiera y con todos menos con aquel que nos salió al camino, cerca del pozo de agua. Aquel no era solamente más fuerte que nosotros, era algo distinto. Y muchas veces desde entonces, durmiendo al lado de mi padre, me ha despertado la sensación de tener su hocico muy cerca.

—Porque amar es la única acción sagrada —dice el peregrino de Galilea.

Salsifí se distrae con las personas que se han reunido. Va y viene entre ellos buscando caricias y alimento. Yo, en cambio, estoy echado junto a los pies de mi padre, tirando de las cuerdas con que ata sus sandalias. Tiro con fuerza y le muerdo los tobillos para llamar su atención, pero es inútil. Él está hablando para los demás y, cuando lo hace, no me recuerda.

Algunas veces, la madre de mi padre está entre la multitud que lo sigue, pero no está hoy.

En cambio, hay algunos soldados que miran desde lejos y escuchan desde cerca.

—Y existe un solo modo de cumplir con el día —continúa el galileo—. No es ganando el dinero necesario, ni orando, ni pagando deudas... No es ostentando riquezas ni lanzando lamentos. Solo si transcurre con amor, el día está cumplido.

Mi padre habla a menudo del amor y yo lo entiendo. ¿Lo entenderá la gente que hoy lo escucha?

—Un pedazo de pan enamorado es más sabroso y alimenta mejor que un manjar solitario —vuelve a decir el galileo.

Al fin, mi padre ha terminado de hablar. Y ahora se le acerca alguien que conozco bien. Es Sara, la mujer en cuya casa volví a la vida luego de que mi padre me llevara hasta ella envuelto en un trapo. Sara ha enflaquecido y ya no tiene en los ojos la bonita luz que antes tenía. Desde lejos puedo oler que ha bebido mucho vino. A veces lo hacía, cuando iban hombres a su casa. Pero ahora es peor... Va contra mi padre como si lo odiara, entonces debo olvidar la gratitud y levantarme.

—¿Qué? ¿Tú también vas a gruñirme, perro inmundo? —grita Sara—. ¡Igual que todos! Primero comes de mi mano y luego me ladras. Y tú —dice volviéndose hacia el galileo—, ¿sabes decirme cómo puedo hacer para limpiarme? Dímelo, porque aunque lo intento tus buenos amigos no me lo permiten. —Sara alza la voz—. Diles a ellos que me permitan trabajar en sus casas... Busco un modo honesto de ganarme la vida y ¿sabes? Ninguno de estos que te escuchan con caras de borregos me lo ha querido dar, y estas mujeres que aparentan bondad me han expulsado sin lástima. Galileo, tú que pareces saberlo todo, ¡dime cómo hago para que me permitan ser honrada!

EL LUGAR DEL AMOR



Salomé, hija de Herodías, hijastra de Herodes Antipas, la que tenía como preferido de su corte a un eunuco etíope de nombre Diamel que había sido obsequiado por un visir egipcio.

Salomé salía en un viaje corto junto a su madre.

Una guardia de importancia acorde las acompañaba. Y en el mismo carruaje, para hacer más llevadero el camino con sus canciones y sus historias, iba Diamel.

Tanta era la tolerancia con que Herodías y Salomé distinguían al eunuco que le permitían llevar a Disys adondequiera que fuesen.

—Sin él cerca no puedo cantar —dijo una vez Diamel. Y su explicación fue aceptada.

El carruaje en el que viajaban salía por el sur, a través de los campos que eran propiedad del gobernador de la provincia de Galilea. Apenas iniciaba el trayecto y los cuatro pasajeros iban ensimismados. Herodías tenía la cabeza reclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Salomé espiaba por entre los cortinados el campo lustroso que cruzaban, Diamel rascaba las orejas de Disys, y Disys dormitaba. Estaban pasando al costado de una plantación de naranjas y, quizás porque vio a alguien que podía acercarle una fruta, Salomé la quiso.

Primero ordenó al carruaje que se detuviera.

Herodías abrió los ojos: había muchos bandidos en el camino, y muchos rebeldes zelotes.

Enseguida, Salomé llamó con un gesto al siervo que trabajaba en el campo.

Cuando Herodías supo que nada malo ocurría volvió a su anterior postura con la cabeza reclinada hacia atrás y los párpados flojos.

Pero el siervo no obedeció la orden de acercarse.

Salomé insistió.

El siervo continuaba inmóvil.

—¡Ven de inmediato! —exigió la hijastra del gobernador, con más gestos que voz.

Extrañado por la situación, Diamel se acercó a Salomé y amplió el espacio de las cortinas para ver y entender lo que ocurría.

Diamel vio, y entendió de inmediato.

Aquel siervo insolente, demasiado cubierto para la época, no era un bandido ni un zelote. Era Simón. Y acercarse al carruaje para cumplir la orden de Salomé significaría descubrir su pecado y ser condenado a morir en soledad, sin la piedad de los otros.

Para entonces la naranja había dejado de ser lo importante para Salomé que empezaba a temer algo peor que una desobediencia.

—¿Por qué se cubre así? —preguntó.

—¡Zelotes! —Herodías se incorporó con el rostro descompuesto.

Los soldados de la guardia recibían órdenes. Era posible que aquel joven solo fuera un señuelo, y que un grupo de zelotes estuviera oculto y esperando para atacar.

Diamel, el eunuco, habló con su tono aflautado.

—¿Zelotes ocultos..? No fue ese siervo quien detuvo el carruaje, fue Salomé quien hizo que nos detuviéramos y lo llamó. Él es solamente un joven apocado.

Para ambas mujeres las palabras del eunuco resultaron tranquilizadoras.

Tal vez aquello hubiese sido bastante para que la hijastra de Herodes olvidara la naranja y diera orden de continuar; pero Diamel no podía estar seguro y por eso continuó. Al eunuco se le había afinado la voz y, sin embargo, lo que dijo sonó brutal.

—Salomé, no será la primera vez que un desdichado se niega a complacerte —Y terminó con una risa forzada y estruendosa con la que, bien sabía, se ganaba el fin de sus privilegios.

Diamel, el eunuco etíope, supo que Simón necesitaba todavía unos segundos, y continuó armando su propio castigo.

—¿No será el propio Bautista que ha regresado del mundo de los muertos?

Igual que sucede con los insectos que se detienen ante la mirada humana y huyen

cuando los ojos lo abandonan, así ocurrió con Simón que, libre de la atención de Salomé, corrió hacia las plantaciones.

Tres guardias fueron tras él y el resto se quedó custodiando el carruaje.

Una vez metido en la arboleda, Simón pudo escabullirse; conocía bien el terreno y los senderos internos que iban desde los naranjales a los olivares, desde los olivares trepaban al monte y del monte descendían bruscamente hacia el arroyo.

Un rato después, los soldados regresaron con las manos vacías.

De allí en más, Diamel continuaría el viaje a pie y sin agua.

El eunuco etíope cargó a Disys en sus brazos y cantó mientras pudo. Recordó, una a una, las canciones de amor que inventaba para Halima, en Egipto...

Mi hermosa se viste como un pez

y se unge con aceites puros.

Yo siempre llego a ella

con el corazón en las manos

y allí lo dejo cuando me marcho.

Con las caderas ensanchadas, Diamel conservaba intacto su amor por la esposa predilecta del visir egipcio. Y con su voz aflautada hubiese podido cantarle en el inicio de su cuello hasta verla morir.

EL EXTRANJERO Y UNA JOVEN DE GALILEA



Eliseba era el nombre de la muchacha que lloraba, sentada a orilla del lago, con la cabeza entre las rodillas.

Un damasco maduro no era mejor que ella, un amanecer no la opacaba, ni el sonido de la cítara emocionaba tanto como sus ojos.

Pero Eliseba lloraba a orillas del Tiberíades las amargas lágrimas del amor.

Al fin alzó la cabeza, y no porque su dolor se acabara sino porque era mejor hija que cualquier otra cosa y debía regresar antes de que su padre se preocupara.

Lo hizo y vio ante si una mano rebosante de frutas secas.

La mano era el vértice de un triángulo que se continuaba en el rostro sonriente de un hombre y se ensanchaba, hacia el final, en un cielo desgajado.

—Come un poco —le dijo el extranjero, ofreciendo sus bienes—. Te reconfortarán.

La joven mujer iba a levantarse, pero antes el hombre se sentó a su lado y cruzó sus largas piernas bajo la túnica como si tuviera huesos de aceite.

—Tal vez desees contarme lo que te ocurre —le dijo.

El hombre alzó la mano sin volverse y su perro, que empezaba a gruñir, agachó la cabeza y se tendió sobre el pasto húmedo.

Hablar a solas con un hombre no era algo aceptable; mucho menos con un desconocido. Pero las piernas de Eliseba no le respondían y su voluntad, quebrada por la tristeza, no se ponía de pie.

El extranjero se llevó una fruta a la boca y continuó:

—Aunque posiblemente no haga falta que me cuentes nada... Sé que te han comprometido con un hombre.

—Con un buen hombre —dijo Eliseba.

—Con un buen hombre al que no amas.

Eliseba hubiera debido marcharse en cumplimiento de las normas de honor y de la sensatez, pero no lo hizo.

—Lo amaré con el tiempo —respondió en cambio.

—Seguramente lo amarás con el tiempo si el tiempo quiere que lo ames.

—¿Cómo sabes lo que sabes? —preguntó la joven galilea.

—¡Nada más fácil! Ando de un lado al otro de la ciudad y he oído contar cómo se jacta tu padre de lo mucho que pagaron por ti.

—Solo lo justo para aliviar su vejez. No deseo verlo cómo los mendigos del templo. ¿O no sabes, acaso, del hombre que murió días atrás, luego de haber sido poderoso, y con la sola compañía de su perro?

—Hablas de la vejez y aun eres muy joven... Pero haces bien en hablar puesto que la juventud pasa tan pronto como el verano aunque, a diferencia del verano, jamás regresa.

El extranjero volvió a ofrecerle fruta. Eliseba comió y él mismo lo hizo de nuevo.

—Ya me he comprometido —dijo la joven mujer mostrando las argollas en sus muñecas.

—Muy de prisa hicieron ese trato...

—Porque todos estuvimos de acuerdo.

—¿También lo estuvo el joven que sale a pescar cada anochecer en una barca verde?

Entonces, el extranjero comenzó un lento soliloquio lleno de aromas.

—Aspira el olor de este aire cálido, llévalo hasta tu estómago y déjalo allí, retozando... Siente cómo baila en tu sangre. He visto al pescador echando sus redes, y sus brazos parecían llamarte. ¿Ves este atardecer, Eliseba? Pues igual atardecerá tu cuerpo sin haber conocido la luz del sol. ¿Puede alguien arrojarte al la sed sin que hayas probado nunca el vino fresco? Ninguna vejez puede sacrificar a la juventud. Tu padre ya gozó de los dones del amor a su tiempo. Tú, en cambio, te agriarás. Se te quitará el color y pensarás cada noche en el pescador que sale en su barca mientras tú te enfrías en el lecho, junto a un esposo opaco. Los brazos del pescador pedían por ti y tus ojos se iluminan cuando lo nombro. ¡Obedece a tu padre, puesto que es tu deber! Obedece, pero por una sola vez reposa en el cuerpo de tu amado y, ese solo instante, te servirá de alivio en los años venideros.

Eliseba escuchaba con atención, y hallaba mucha verdad en lo que el extranjero le decía.

—Más aun —continuó el amo del perro aventeador—, sé que piensas en él cuando te bañas en el río. Y más pensarás cuando lo hayas perdido y más aborrecerás al buen hombre que te darán como esposo. Su sola presencia te molestará, te irritará el ruido que haga al comer y te asqueará su olor en las sábanas. Y dime, ¿no es eso un pecado? En cambio, si te permites ceder una vez, tendrás dos cosas a tu favor. Una será la dicha de haber gozado del verdadero amor al menos una vez. Y la segunda —el extranjero se tomó un instante—, la segunda será la culpa. Porque la culpa, Eliseba, suavizará tu aversión por el hombre que te desposarás. ¿Sabes, niña? Cuando los hombres y las mujeres obran mal contra quien no lo merece, luego se apiadan, se apaciguan, porque la culpa por lo que hicieron anula la rabia. De esa manera, tú, el pescador, y tu buen esposo serán más felices.

El canto escandaloso de los gallos interrumpió el soliloquio del extranjero que, como si de pronto tuviera mucha prisa, llamó a su perro y se marchó.

LA CUEVA



Vamos hacia la cueva; el sitio donde mi padre se reúne con otros hombres. Son jóvenes, y suelen alzar mucho la voz. Además, hacen ademanes que me inquietan.

A veces parecen enojados con mi padre, por eso estoy atento, me quedo cerca, y aunque aparento dormir estoy alerta.

Salsifí, en cambio, se niega a entrar. Él prefiere quedarse al sol, mordisqueando alguna cosa que encuentre abandonada.

—No somos nosotros los bárbaros sino los romanos... Son ellos quienes nos maltratan, quienes insultan a nuestro Dios —dice Sadoq, el zelote—. Guarda el amor que predicas para quien lo merece y lo necesita, no para nuestros enemigos.

—Estas Pascuas en Jerusalén —dice otro del grupo—. Ese será el momento. Una revuelta en esas fechas hará que Pilatos caiga.

—Caerá Poncio Pilatos y vendrá otro —responde el galileo.

—Pero habremos entendido que el imperio no es invulnerable —continúa Sadoq—. Y habrá otra revuelta, y otra y otra más...

—Nadie se lava las manos con sangre porque la sangre no limpia —El galileo refuerza la atadura de sus sandalias.

—Pero no siempre es posible evitarla. La sangre que no viertan los romanos será vertida por nuestro pueblo —Sadoq cree en lo que dice—. Galileo, tú tienes seguidores. En todas partes se habla de ti y la gente te espera. ¿Qué respondes? ¿Estarás junto a nosotros esta vez?

Nadie se fija en mi y yo me fijo en todos.

Cada rostro y cada expresión. Estos hombres tienen miradas brillantes. Mueven las manos y cambian de posición a cada momento. Beben té en un solo tazón que pasa de uno a otro. Y ahora esperan que mi padre hable.

Él lo hará.

Me gusta el silencio que nos aprieta antes de que comience a hablar.

Cuando mi padre habla, todos callan de un modo raro.

—Podemos rebelarnos contra los romanos durante estas Pascuas, en Jerusalén, podemos hacer que Poncio Pilatos caiga... Y ¿quién sabe? como Sadoq dice, las revueltas podrían extenderse por todo el territorio. Pero será una revuelta más entre todas las que se han sucedido en esta y en otras tierras. Si actuamos como ellos, ¿qué nos hará diferentes? ¿Nuestras vestimentas? ¿Nuestra manera de comer? ¿Nuestro Dios? Nada de eso nos hará distintos a los romanos si sentimos y obramos como ellos. Alguien, alguna vez, deberá luchar de otro modo.

—¿Y ese serás tú, galileo? —preguntó Sadoq.

—Siempre hay una hormiga que inicia la larga hilera que construirá el hormiguero.

Después de eso, las voces en la cueva se alzaron aun más, y los gestos se transformaron en señales de furia.

Después de eso, los zelotes supieron que el galileo no formaría parte de la rebelión armada que se organizaba contra los romanos, esas Pascuas, en Jerusalén.

Mi padre se pone de pie. Ya era hora de marcharnos.

Mi padre se despide y los hombres de la cueva lo amenazan. Yo estoy a su lado, pero él no demuestra temor alguno, ni tampoco enojo.

Salsifí abandonó sus juegos y nos espera. Tiene sed. Está oscureciendo y pronto va a comenzar a llover, los hombres respiran muy fuerte, mi padre no.

Yo voy a esperar que mi padre se aleje de aquí.

Me detengo en la entrada de la cueva, me interpongo entre la luz y la oscuridad, entre estos hombres furiosos y mi padre, que camina dándoles la espalda.

Su madre siempre me pide que lo cuide, y yo lo hago.

Nunca voy a olvidar que me sacó de una bolsa llena de agua. Y nunca voy a amarlo menos.

—El galileo nos ha abandonado —dijo Sadoq, en la cueva—. Ha mostrado cobardía. Nunca hará otra cosa que dar sermones porque le importa más su gloria que la libertad de Israel. Desde ahora será para nosotros como un romano más.

LLUVIA SOBRE LOS DESDICHADOS



Toda la provincia de Galilea estaba sacudida por fuertes vientos, amontonada bajo una lluvia torrencial.

Anocheció y, en la oscuridad, el agua fue plateada.

El lago Tiberíades se alzaba en inmensas jorobas. Las palmeras se inclinaban para que el viento pasara por encima.

Galilea se empequeñecía como un niño asustado bajo el sonido ululante del viento.

En las casas donde vivían los siervos de Herodes Antipas solo se veían unas pocas lámparas de aceite encendidas. Nadie se animaba a salir a la noche de agua, y tampoco había motivos para hacerlo.

Por eso, los golpes en la puerta sobresaltaron tanto a Mircia, la madre de Simón y a Simón mismo que, tumbado en su jergón a causa de la fiebre, pensó que llegaban a buscarlo.

Hasta el rincón donde estaba el enfermo llegaron las voces contenidas. Y la respiración de un forcejeo.

—¡Ábreme, mujer! ¡Abre ya!

Y Mircia se negaba:

—Vete de aquí.

Simón se irguió en su cama.

—Déjame entrar.

Y Mircia no quería:

—Aléjate de mi casa.

De un lado, la madre de Simón se esforzaba en cerrar la puerta. Del lado de la lluvia, Diamel, el eunuco, la mantenía abierta. Aunque su fuerza no era la de antes, el eunuco hubiese podido dar un empujón lo bastante fuerte como para apartar a la mujer y entrar a la

casa, pero no deseaba hacerlo.

—Es por tu hijo.

—Simón no tiene nada que hablar contigo. ¡Vete de aquí!

Para entonces, Simón se había levantado. Estaba descalzo sobre el piso de piedra y temblaba de frío.

—Simón está enfermo —dijo el eunuco.

—¿Y qué con eso? —La mujer acumuló fuerzas para cerrar la puerta—. No te necesitamos.

—Simón tiene lepra.

La resistencia cedió de inmediato. Diamel, el eunuco etíope, quedó enmarcado por el contorno de la puerta, y la lluvia con él.

El eunuco terminó de entrar y cerró.

El ruido del agua y del viento amainaron. Estaba cálido adentro porque la madre de Simón mantenía encendido el fuego.

Diamel no podía saber cual de los dos temblaba más; si Simón a causa de la fiebre y la debilidad, o su madre a causa del miedo.

—¿No se lo dirás a nadie? —preguntó, afirmó, suplicó Mircia—. No se lo digas a nadie.

El eunuco guardaba silencio.

—Tengo unos denarios que he guardado durante mi vida —dijo la mujer mientras buscaba una vasija colocada en un estante alto—. Toma, toma..., son tuyos.

Diamel detuvo el ofrecimiento con un gesto firme:

—No es tu dinero lo que busco.

Con lentitud, la mujer dejó la vasija sobre la mesa. Luego se acercó al eunuco.

—Ojalá pudiera matarte —dijo.

Y Diamel supo que, de tener las fuerzas suficientes, aquella mujer lo hubiera hecho.

—Amas mucho a tu hijo —dijo Diamel—, pero tu hijo es ahora un leproso. ¿No

dirás que tiene el merecido castigo? ¿No dirás que sus males le pertenecen por haber pecado? ¿No le pedirás a los demás que se aparten de él? Oí que lo decías tantas veces, mujer, tantas veces cuando pasabas junto a mi. Quisiera que lo digas ahora y que seas tu misma la que expulse a tu hijo al leprosario para que se cumpla la justicia de Dios.

La mujer había perdido toda capacidad de dominar los músculos de su rostro. La barbilla se movía convulsa y la boca se le arqueaba.

—Es un niño —balbuceó—. Ten piedad.

—Tú nunca mostraste piedad, ¿ahora la reclamas?

Simón supo que su madre iba a arrodillarse frente a Diamel, y no quiso ver eso. Caminó como pudo, y mejor de lo que había caminado esos últimos días. Aunque no lo dijo, estaba tomando la decisión de ir al leprosario para que su madre siguiera de pie.

—No he venido a llevarme a tu hijo —dijo entonces el eunuco—. Para eso me hubiese bastado con dar aviso al palacio y, ahora mismo, estaría durmiendo a buen resguardo.

Los ojos de la mujer, fatigados por largos insomnios y los ojos opacos del enfermo preguntaron a un tiempo: ¿a qué viniste, entonces?

—Vi la lepra en Egipto —prosiguió el eunuco—. La conozco. Como siervo, estuve junto al lecho de muerte de un hombre sabio que la había contraído de tanto intentar curarla. Estuve y no me contagié. Estuve y escuché lo que el sabio repetía una y otra vez en su larga agonía. Él hablaba de agua y de amor. Lavar siete días seguidos las llagas cuando aun son blanquecinas, restregarlas con jabón áspero y enjuagarlas bien. Y junto al agua, decía el sabio, debe estar el amor. Lo escuché decir que no es la enfermedad la que mata sino el odio y la soledad... La repulsión del prójimo es lo que remuerde la carne de los enfermos. Nosotros somos tres desdichados. Simón lo es a causa de su mal. Tú lo eres a causa del destino que le aguarda a tu hijo, porque debes saber que aun cuando yo guarde silencio, el secreto saldrá a la luz tarde o temprano. En cuanto a mí... Lo que sea que me reste de vida, mucha o poca, será para acatar los caprichos de Salomé; con el mismo valor y el mismo uso de una vasija para escupir. Simón tiene aun las llagas blanquecinas, estamos a tiempo de intentar esa sanación. Mujer, somos tres desdichados, ¿qué más nos queda que ayudarnos?

Alrededor de una tosca mesa de madera se sentaron un eunuco, un leproso y una mujer acongojada.

La lluvia no cedía y la noche tampoco.

Diamel contó sobre Halima, contó sobre la fidelidad de Disys, contó acerca de un hombre que tiempo atrás le había hablado con sencillez, en la Ruta de los Filisteos.

Diamel dijo que esas cosas le venían a la memoria, y que las narraba sin saber muy bien por qué lo hacía.

Después de un silencio, Diamel se irguió como si hubiese recibido un dictado.

—Allí esta el agua, la que no teme contagiarse —dijo—. Vamos a salir. Tú, Simón, quítate la capa que te cubre. Y tú, Mircia, busca jabón.

Madre e hijo se miraron, dudando en obedecer. Pero el eunuco tomó a Simón de un brazo y lo sacó de la casa.

—¿Lo ves, Simón? La lluvia te toca sin miedo... Dale las gracias y deja que te limpie. La lluvia es grande y no le teme a la lepra. Confía en ella, Simón, deja que te abrace.

El enfermo estaba asustado.

—¿A qué le temes? —Diamel se empapaba también—. Agradece su amor, Simón. Deja que te limpie con su grandeza.

Un trozo de jabón áspero arrasó con las escamas de la piel y abrió las llagas. El agua limpió hasta adentro. El dolor era intenso pero Simón lo soportó sin gritar.

Un rato después, los tres se secaban junto al fuego, compartían un caldo caliente y un poco de pan.

El agua fresca de la lluvia había bajado la fiebre de Simón, que comía con algún apetito.

—Volveré cada noche —dijo Diamel—, y tocaré música para tu hijo. También para nosotros dos. Mientras tanto, acaricia sus lastimaduras, besa una a una sus llagas. Somos tres desdichados. Ni príncipes, ni sacerdotes, ni médicos. Podemos morir o amar, ¿acaso otra cosa nos queda?

EL EXTRANJERO Y LA GENTE DE GALILEA



El rumor trabajó feroz como una rata, socavó los muros de las casas, metió el hocico en las ollas.

—¡Eliseba ha pecado!

—Eliseba es una mala mujer.

Patas de rata, dientes de rata, el rumor carcomió la calma.

—Salgan, vengan... Eliseba ha pecado contra Dios y los hombres.

La gente de la aldea se reunía en las cercanías de la casa donde vivían la joven Eliseba y su padre.

Nadie se atrevía aun a levantar la voz. No lo hacían para pedir misericordia, pero tampoco lo hacían para reclamar el castigo que la costumbre ordenaba.

Muchos callaban porque muchos habían visto crecer a Eliseba según las reglas de la virtud, como hija amorosa y obediente.

La ley decía que el destino de Eliseba era morir apedreada por la buena gente. Escarmentarse en la agonía, bajo un lluvia de piedras que arrojarían contra su cuerpo desplomado.

La ley decía y la gente callaba.

Eliseba había sido descubierta con el pescador para deshonra del hombre que había dado por ella una buena dote.

Muchos de los que allí estaban conocían a la joven desde la cuna, por eso no se atrevían a pedir su lapidación. Pero tampoco otorgaban clemencia. Solo callaban.

Eliseba venía en camino junto a su padre y al hombre con el que hubiera debido desposarse. No era necesario forzarla; más bien ella caminaba hacia su destino con cierta

altivez.

Las personas del poblado se reunían en grupos reducidos, aguardando su llegada. Debatían en voz baja, y pedían que la inteligencia de Dios se hiciera presente.

Pero quien llegó fue el extranjero.

Venía con su perro aventeador, y un pequeño zurrón lleno de frutas secas que comenzó a repartir entre la gente.

—Dicen que es bueno comer algo sustancioso antes de tomar decisiones importantes —dijo. Y su voz ganó la atención de todos.

Casi de inmediato, el gentío se reunió a su alrededor.

El extranjero comía fruta seca; comía y repartía; repartía y, de tanto en tanto, palmeaba a su perro.

—Tú no eres de aquí —lo increpó un hombre—. Harías bien en no entrometerte.

El extranjero miró al que había hablado y sonrió.

—Dices la verdad, no soy de este pueblo. Y por eso mismo, quizás me sea posible pensar y decir con mayor claridad. Muchos de ustedes vieron crecer a esa mujer, la recuerdan siendo un niña y respetan a su anciano padre. Eso dificulta la justicia. Desde afuera, suele verse con mayor claridad.

Las cabezas asintieron y el hombre que había hablado sepultó su lengua.

—Sepan que la piedad es dulce —continuó el extranjero—. Siendo piadosos y actuando con blandura será más fácil comer con apetito y conciliar el sueño. ¡Qué bien se va uno a descansar después de haber perdonado! ¡Qué fresca resulta el agua con la que nos lavamos el rostro! El río nos devuelve una grata imagen; esos somos nosotros, compasivos y benignos. ¡Qué holgada nos queda las ropa! Por eso, prestemos oídos a la piedad.

La gente murmuró.

El extranjero sacó más fruta del zurrón y repartió sin olvidar a ninguno.

—Al parecer —dijo—, Eliseba amaba a ese pescador desde la infancia; y siguió amándolo a la espera de la edad en que pudieran desposarse. Pero antes de eso, el amor se vio truncado por la proposición de un hombre que ofreció por Eliseba una buena dote; bastante para aliviar la vejez de su padre. Y Eliseba aceptó. Pero luego de comprometerse, y movida por fuerzas que yo comparo con las de un atardecer caluroso, ella fue en busca del pescador cuando este salía con su barca pintada de verde. Fue ahí mismo que los hallaron... Ella dormía sobre el cuerpo semidesnudo de su amante, sus brazos blancos lo rodeaban y su

cabello desparramado le cubría el torso. ¿Alguien es capaz de apedrear el amor?

Las mujeres bajaron los ojos.

—Yo pido piedad para Eliseba... Pero el piadoso debe antes pensar. Debe el piadoso pensar y saber que quien permite una cosa luego podrá recibirla en su propia casa. Quien le perdona la vida a un animal rabioso podrá, luego, ser mordido por otro animal rabioso al que un alma buena le salvó la vida. Si hemos de apiadarnos de Eliseba, ¡ay!, debemos pensar y saber que el día de mañana nuestras hijas podrán hacer lo mismo, reclamando igual misericordia. Pensar y saber que el día de mañana nuestras esposas podrán dormir sobre el cuerpo de un pescador y nadie se atreverá a apedrearlas... ¿Por qué lo haríamos si hoy hemos perdonado a Eliseba?

Eso dijo el extranjero, y la piedad que había empezado a nacer de deshizo.

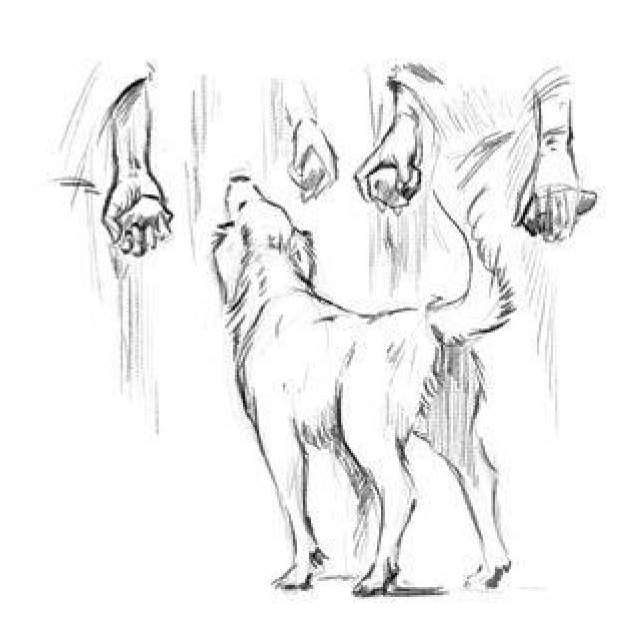
—Exijo la ley para la pecadora —dijo un hombre cuya esposa era joven y bella.

—Y yo la exijo también.

Eliseba ya estaba cerca, muchos se armaron con piedras.

Y cantaron los gallos de la tarde.

PIEDRAS



No quiero ir allí. Pero mi padre quiere y por eso camina rápido. Le tiro del borde de su ropa, me aparta... Sé adónde vamos. Una sola vez mi padre olió de este modo, y fue cuando nos encontramos con aquel perro, peor que cualquiera, y con su amo. Ahora mi padre camina a su encuentro, y yo le suplico que no lo haga. No le importa, no lo nota siquiera.

No sigas, padre. Vayamos a jugar a la orilla del lago.

Algunas mujeres llegaron sin aire adonde estaba el galileo para advertirle que una joven estaba a punto de ser lapidada. Dijeron también que un desconocido había hablado para todos y que, aunque sus palabras parecían pedir piedad, la piedad se había ausentado.

—Eliseba es una joven mujer que siempre ha obrado con prudencia y que, ahora, será apedreada. Tal vez puedas tú ayudarla. Ven con nosotras, galileo.

Mi padre y dos de los hombres que siempre lo acompañan caminan hacia el perro que olfatea el aire, hacia el amo del perro que olfatea el aire en vez de la tierra.

Las mujeres que pidieron por Eliseba van detrás. Salsifí y yo vamos con ellas.

Cerca de allí, Eliseba ha llegado junto a su padre y al hombre que fue deshonrado.

El primero no cesa de suplicar por la vida de su única hija. El segundo permanece en silencio.

Algunas personas ya tiene las manos cargadas.

Galilea, igual que la ley de lapidación, está construida con piedras.

—Puedes defenderte y negar que hiciste lo que dicen que hiciste —gritó alguien.

Eliseba alzó la cabeza para aceptar su culpa.

Lo primero que vio, y quizás lo único, fue al extranjero, casi oculto detrás del gentío y cubierta su cabeza con un manto. La joven balbuceó algo sobre el atardecer, pero la gente quería escuchar otra cosa.

—No puedo negarlo —dijo ella, al fin. Y las palabras dulces de aquel desconocido volvieron amargas a su memoria.

Un hombre, conocido como Joaquín, el faenador, alzó la mano para arrojar la primera piedra, la más difícil, la que daría comienzo a la matanza.

El anciano padre de Eliseba se acercó a cada uno de los que ocupaban la primera línea del círculo que rodeaba a su hija. Pero la decisión no cedía.

“Es por tu propio bien”, murmuró alguien sin mirarlo.

El padre de Eliseba se volvió, entonces, hacia el hombre que hubiese sido su yerno:

—Te devolveré cada denario que me diste por ella... Tú tienes en tus manos el perdón. Si tú la perdonas, los demás deberán hacerlo.

Suplicó el padre desesperado, pero no obtuvo respuesta. En algunos instantes, su joven hija sería muerta a golpes de piedra.

Allí hay mucha gente, escucho sus respiraciones agitadas. Es ahí adonde vamos y no quiero hacerlo... Padre, el olor del extranjero no tiene lugar en el mundo que conozco. No podré defenderte como lo hice en la cueva.

El galileo ya estaba muy cerca.

Sin dejar el sitio que ocupaba, el extranjero se encerró en su manto y abrió grandes los ojos sin pestañas. El perro aventeador se plantó con las patas abiertas y apuntó el hocico hacia el que llegaba.

En los campos de olivos caían las aceitunas sin madurar.

—¿Quién arrojará la primera piedra? —El galileo habló a espaldas de la gente que tomaba el coraje final.

—Cualquiera que desee sostener la ley —respondió Joaquín, el faenador.

—¿Cuál ley?—preguntó el recién llegado.

—La ley de la virtud...

—La ley de la honra del varón.

—La ley de la pureza de la hija y la esposa.

El extranjero soplaba un aire delgado, como un silbido silencioso sobre la gente reunida, que prestaba atención al galileo.

—La ley —siguió diciendo Joaquín, el faenador— es la columna que sostiene el techo... Si la tiras abajo se derrumbará la casa.

—Y dime —preguntó el galileo—, ¿para qué quieres una casa llena de muertos?

Salsifí y yo estamos metidos entre las ropas de las mujeres... Quisiera estar a tu lado, padre, pero el aventeador me está esperando. Es la primera vez que te abandono.

El extranjero se movió con lentitud, siempre soplando sobre la gente el aire helado y cortante que tenía un destino.

—Si perdonamos a esta mujer —Joaquín, el faenador, había tomado la voz de todos —, mañana serán nuestras hijas y nuestras esposas las que cometan adulterio.

—Alguien habla por tu boca y no es, por cierto, tu corazón —El galileo afirmó la voz.

En la penumbra de su manto, el extranjero tomó la expresión de un gallo de riña.

—Si esta mujer muere todo será igual —continuó el galileo—, si esta mujer vive todo será mejor.

Con pico violento y ojos redondos, el extranjero se encrespó en su oscuridad.

—Porque la primera ley es el amor y la última ley es el amor.

El que habló después no fue Joaquín, el faenador, sino aquel que estaba comprometido con Eliseba.

—Yo perdono a esta mujer —dijo. Y repitió—: La perdono.

Dicho esto, todos los demás estaban obligados a perdonarla.

Joaquín, el faenador, arrojó la piedra contra el suelo con evidente malestar. Toc, toc, las manos se aflojaban y las piedras continuaban cayendo, una tras otra, tal como antes las aceitunas habían caído de los árboles. Aquellas mujeres que habían ido en busca del galileo alzaron los brazos al cielo en señal de alabanza.

El extranjero estiró el cuello, agitó la cabeza. Luego succionó su propio rostro desde el pico, clavó las uñas corvas en sus propias palmas, y se marchó.

El perro aventeador fue tras él, olfateando el olor a zufre que despedía su amo.

Poco después, todo estaba desierto y en calma.

Mi padre está hambriento, y yo también.

El camino me indica que vamos a la casa donde viven Lázaro y sus hermanas. Siempre encontramos allí buen alimento.

Mi padre sonreirá esta noche.

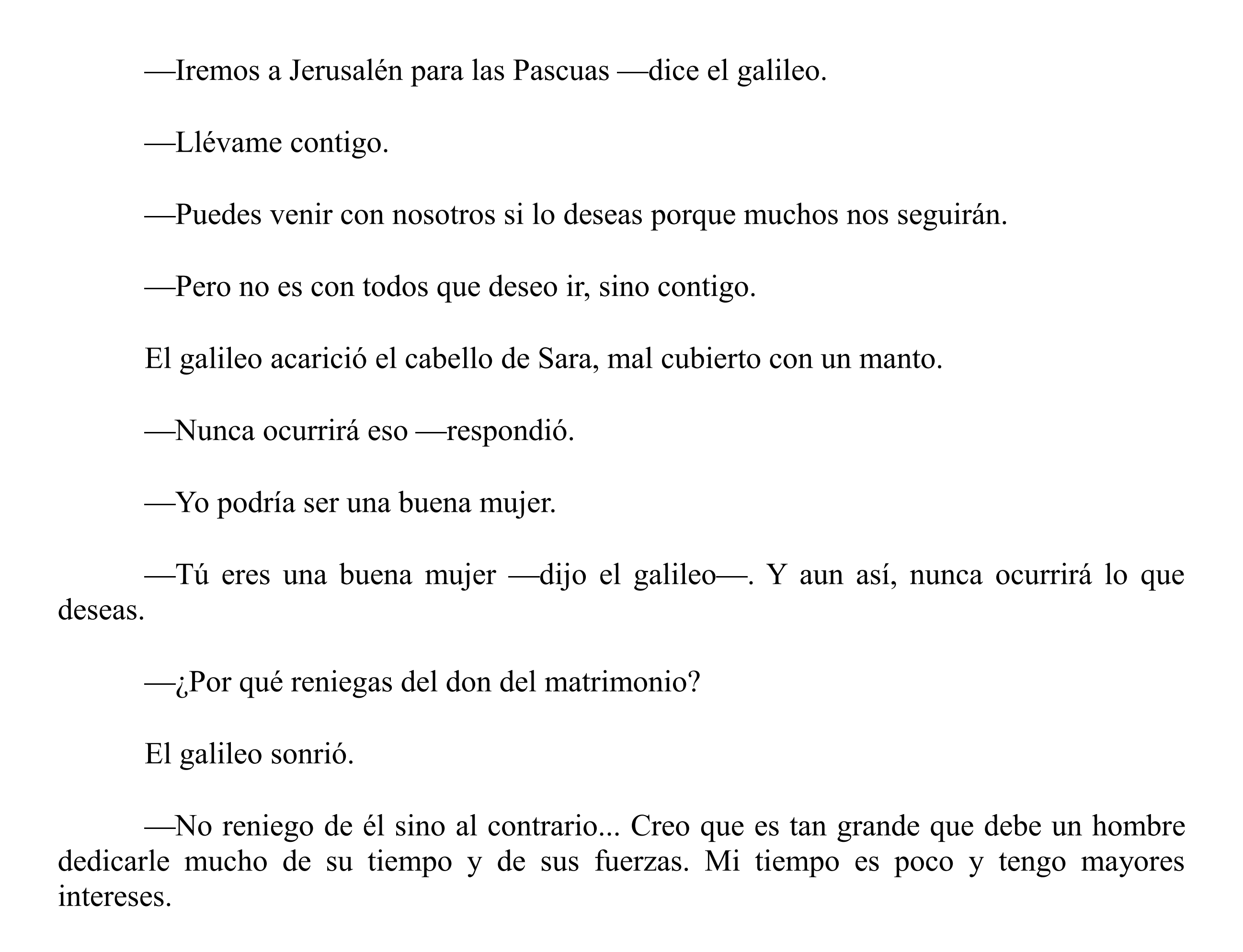
SARA



Esta noche ha venido Sara a visitar a mi padre.

Se sentaron junto a un fuego y hablaron en susurros. Los hombres que acompañan a mi padre se alejaron para dejarlos solos. Sin embargo, nadie reparó en mí, ¿creen que mis ojos no ven?, ¿creen que mi olfato no entiende? Puedo oler lo que ocurre: Sara ama a mi padre casi tanto como lo amo yo.

Quizás por eso ambos están tristes.



—Iremos a Jerusalén para las Pascuas —dice el galileo.

—Llévame contigo.

—Puedes venir con nosotros si lo deseas porque muchos nos seguirán.

—Pero no es con todos que deseo ir, sino contigo.

El galileo acarició el cabello de Sara, mal cubierto con un manto.

—Nunca ocurrirá eso —respondió.

—Yo podría ser una buena mujer.

—Tú eres una buena mujer —dijo el galileo—. Y aun así, nunca ocurrirá lo que deseas.

—¿Por qué reniegas del don del matrimonio?

El galileo sonrió.

—No reniego de él sino al contrario... Creo que es tan grande que debe un hombre dedicarle mucho de su tiempo y de sus fuerzas. Mi tiempo es poco y tengo mayores intereses.

Mi padre se ajustó las cuerdas de sus sandalias. Aprendí que lo hacía en ocasiones difíciles.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó Sara.

—No, Sara. No lo pidas.

Pero la mujer no quiso entender.

—Prometo que al amanecer partiré en silencio, y que nunca más vendré por ti. Tantas veces y tantos hombres han pasado por mi cuerpo, pero nunca ha pasado por mi cuerpo el amor.

—Sara —El galileo miraba fijamente el fuego—, las peores mentiras son las que nos decimos a nosotros mismos. Vete. Y confía en esto que te digo... Hallarás el amor y, cuando eso ocurra, el amor no pasará por tu cuerpo, será tu cuerpo.

Sara se marchó con su pena.

Mi padre se reunió con los demás hombres y hablaron hasta tarde. Yo podía entender que íbamos a emprender un largo viaje. Pero no podía saber aun que jamás regresaríamos.

LOS MODOS DE LA DISTANCIA



—¿Sabes a qué distancia de aquí queda Egipto? —preguntó Diamel a Mircia.

—Lejos, muy lejos.

—Te equivocas —dijo el eunuco—. Egipto está a veinte días de camino, o tal vez menos, para un hombre libre y sano.

Después de aquella visita de Diamel a la casa que Mircia y su hijo ocupaban como siervos de Herodes, Simón se quedó dormido.

Su madre lo arropó bien y permaneció a su lado, pero no como lo había hecho en cada una de las largas noches anteriores. Fue de otro modo. Mircia le contó al enfermo sobre el hombre que había sido su esposo y padre de Simón, y habló de los tres como se habla de gente que tiene un punto de encuentro para luego.

—No será en esta pascua, pero si en la próxima —le dijo Mircia a su hijo cuando amanecía.

Simón murió sin despertarse, ni atravesar el tormento del leprosario.

Morir fue para él pasar por alto una pascua y caminar hacia la próxima.

—Ya ves, mujer —seguía diciendo Diamel—, el cautiverio es una forma de la distancia.

—¿Y hacia dónde queda Egipto? —preguntó Mircia, que compartía unos higos con Disys.

—Hacia allá.

Diamel señaló el suroeste.

Luego, el eunuco dejó el sitio en el que descansaba y dio un paso.

—Ahora estoy un paso más cerca de mi ciudad, y ahora estoy dos pasos más cerca, y tres, y cuatro...

Mircia sonrió. Diamel era para ella el mejor recuerdo de Simón.

Diamel, el eunuco, regresó a su lado con una expresión incierta.

—Eres mi amiga —dijo—. Y voy a contarte algo.

Mircia se dispuso a escuchar.

—Llegan las Pascuas... La pascua desordena todo y distrae a las personas. Sabemos que Herodes partirá a Jerusalén, pero esta vez yo estoy castigado y Salomé no me llevará con ella. Me lo dijo hace unos días y se rió. "Ahí tienes el resultado de tu desplante", me dijo. Y se rió. Pero yo río más que ella. Nadie aquí supone que un eunuco pueda escapar, ni siquiera supone que desee hacerlo. ¿Adónde iría? ¿Qué destino sería mejor que las habitaciones de Salomé? Pero hay un eunuco que va a escapar.

Mircia miró hacia ambos lados y se cubrió la boca.

—Aprovecharé la aglomeración de la Pascua, la multitud de peregrinos entre los que se hará imposible encontrarme, si es que alguien nota a tiempo mi ausencia. Iré a Jerusalén mezclado en el gentío y por el camino del gentío. Luego seguiré viaje en soledad. Llegaré a las montañas de Hebrón, allí el territorio es peligroso pero, por eso mismo, nadie irá tras mis pasos. Un amanecer, mientras tú estés sacando agua del pozo, yo estaré mirando el paisaje desde la alta Llanura de los Filisteos. Desde allí voy a dirigirme a Gaza... Será mejor que en ese sitio descanse y me reponga porque luego me tocaran tierras desérticas. Tendré que encontrar un oasis o, de lo contrario, comer y beber arena. Al fin, cuando llegue a El Arich, estaré fuera del territorio de Herodes Antipas. ¿Sientes, Mircia, el viento del mar y su humedad? Ya estoy en la orilla, y me hartaré de comer pescado. Pero es mejor que siga viaje, debo alcanzar la ciudad de Pelusio. Allí tuve familia, alguna vez, cuando era un hombre. Voy a pasar cerca de ellos, pero no golpearé a su puerta. Mejor será que continúe, hay mucho que andar todavía. Pero antes de continuar hay que partir... Muy pronto, Disys y yo partiremos.

DOS, ENTRE CIENTOS, A JERUSALÉN



En el camino hacia la ciudad de Jerusalén, el pan alcanzó para todos.

Como si al compartirlo se multiplicara, nadie sufrió hambre entre la multitud que se dirigía a Jerusalén para celebrar las pascuas.

Algunos de aquellos peregrinos iban con el galileo, que solía reunirlos a su alrededor para narrar historias viejas y nuevas.

Diamel, el eunuco, se esforzaba por pasar desapercibido. Era mejor que nadie descubriera su condición de hombre castrado y, mucho menos, de esclavo prófugo.

Por eso se sobresaltó tanto cuando una mujer le dirigió la palabra.

—Es muy bello ese perro que traes contigo —dijo ella que, por el solo hecho de hablar con un desconocido ponía en evidencia su índole—. Nunca he visto uno igual.

Diamel sonrió a modo de agradecimiento.

—¿Tú también sigues al galileo?

Para Diamel era lo mismo negar que asentir; lo único importante era ocultar su voz aflautada. El eunuco asintió con la cabeza pero eso, lejos de conformar la curiosidad de la mujer, pareció alentarla.

—¿Alguna vez recibiste su socorro?

Como Diamel no respondía, Sara sacó sus conjeturas y siguió hablando. Parecía ansiosa de encontrar alguien con quien desahogarse.

—Yo voy con él, aunque él dice que voy con todos... Somos muchos y cada día más los que entendemos sus razones... ¿Lo notaste? Él habla parecido a muchos pero distinto a cualquiera, a él no lo verás pedir nada más que tu ira y tu dolor. Sé de lo que te hablo, si le das al galileo tu dolor y tu ira, él los echará a volar como si fueran dos hermoso pájaros.

Diamel miró a Sara con atención. Le gustaba lo que esa mujer decía, y le recordaba sus propios sueños. Sin embargo, Diamel no podía responderle.

—Veo que no puedes hablar —supuso Sara—. Pero sí me escuchas, ¿verdad?

Diamel asintió de nuevo.

—Si quieres caminaremos juntos y podré contarte acerca del peregrino cosas que no sabes... Que pocos saben.

Y Sara contó:

—Hace un tiempo llegó con un cachorro hasta mi casa. Era un animalito agonizante que había salvado de la muerte en el lago Tiberíades. Alguien, ya no recuerdo quién, le dijo que yo tenía en mi casa una perra que acababa de tener cría. Por eso llevó allí a Miga de León, así se llama su perro, uno que siempre anda tras él... Si te acercas podrás verlo.

Diamel conocía a ese perro pero no podía decirlo.

Como el eunuco mostraba interés, Sara continuó:

—Y bien, se presentó en mi casa y yo quise echarlos fuera: a él y a su cachorro. Entonces el galileo me aseguró que regresaría a buscarlo cuando el animal pudiera valerse por sí mismo. Y yo, que en nadie creo, que hace ya mucho no creo en nadie, yo le creí. Y no me equivoqué al hacerlo.

La caravana iba a detenerse para que la gente pudiera comer, beber y descansar a la sombra.

—Luego te seguiré contando —dijo Sara.

Cuando la caravana retomó su marcha hacia las pascuas de Jerusalén, Sara buscó nuevamente a Diamel, como si se tratase de un familiar cercano. Y tal como si no se hubiera interrumpido, siguió con su perorata. La mujer hablaba sin cesar, y Diamel escuchaba de igual manera, ciertamente interesado en lo que Sara le decía.

Sara contó detalles del galileo, de su familia, de sus costumbres y de sus bendiciones. Hablaba, hablaba y se refería a él con creciente confianza.

Para el eunuco, que conocía el amor como casi ninguna otra cosa en la vida, fue sencillo reconocerlo en el corazón de Sara que, alentada por su propia historia, contó las cosas del modo en que ella hubiese deseado que ocurrieran.

—Por eso voy con él —decía—. Vamos juntos, aunque sea dentro de esta multitud. El galileo sabe que yo estoy aquí, y nos encontraremos en Jerusalén. En verdad, él mismo me pidió que lo acompañara.

Anochecía y la caravana se detuvo por ultima vez antes de la llegada.

Los líderes de la multitud decidieron hacer un alto en el camino, para entrar a Jerusalén con la luz del día.

No bien estuvo solo, y libre de la conversación agradable pero incesante de la mujer, Diamel recuperó su propia voz.

El eunuco habló en susurros con Disys, necesitaba hacerlo después de un día entero de silencio.

Sara, por su parte, se envolvió en una manta y se apartó de todos para descansar. Seguía inquieta. Ni la caminata ni la conversación la habían agotado. Ni siquiera el peso de su vientre.

Muchas veces muchos hombres habían pasado por su cuerpo, ¿de quién sería, entonces, ese niño?, ¿qué haría con él cuando su cuerpo abultara?, ¿cómo se ganaría la vida de ambos?

Sara decidió no regresar a su aldea, en la provincia de Galilea, no volver al sitio donde era conocida... Decidió permanecer en la gran ciudad de Jerusalén... Allí sería sencillo ocultarse, hallar un recoveco para los dos.

Tantas veces tantos hombres. No era posible saber cuál de ellos era el padre de ese niño. Y, ¿de qué hubiera servido?

Quedarse en Jerusalén... Empezar de nuevo, mentir.

Sara deseaba que las cosas hubiesen sido de otro modo, que ese hijo fuera también del galileo. En su aldea nadie se lo creería, pero en Jerusalén podía mentir. Si al fin, mentira no era del todo porque tantas veces y tantos hombres... y mientras tanto ella solo pensaba en el galileo, tantas veces, tantos hombres que no la amaban, que luego le arrojaban las monedas sobre el lecho y se iban sin mirarla, tantas veces, si en Jerusalén podía volver a empezar y su hijo tener un buen padre, un dulce padre, si la ciudad de Jerusalén era tan grande que una mentira podía transformarse en verdad.

A la madrugada, Diamel y Sara volvieron a reunirse para recorrer el último tramo del viaje.

Numerosos peregrinos se sumaban.

Las ramas de olivos se alzaron antes de entrada, porque las pascuas eran días gloriosos.

Ya casi llegaban, y Sara iba a despedirse de Diamel, su casual y mudo compañero de viaje.

Entonces decidió que comenzaría a contar su mentira. Mientras antes comenzara a hacerlo, antes se haría cierta.

—Te diré algo que aun nadie sabe, nadie más que el galileo y yo... No viajo sola, llevo un niño en mi vientre. Somos tres, en verdad: el niño, yo y su padre. Nos desposaremos en Jerusalén, durante las pascuas —Sara sonreía. Ella, antes que cualquiera, creía en sus palabras—. El galileo es el padre de mi hijo, y nos desposaremos en Jerusalén.

SANDALIAS HACIA EL TEMPLO



La multitud colmaba las entradas a la ciudad de Jerusalén.

El Pórtico de Herodes y el Pórtico de Damasco veían pasar un gentío piadoso y exaltado, que cargaba animales, alforjas y propósitos.

Tanta gente, que algunos caminantes preferían dar un rodeo y utilizar los pórticos que daban acceso a la ciudad por el lado este.

Sandalias... Nunca antes fueron tantas. Tantas sandalias, tantos golpes que recibo, y Salsifí también. Voy pegado a las pasos de mi padre, y Salsifí conmigo. Voces y griterío, gente parecida a mi padre y distinta a mi padre, nunca había estado aquí pero sé que para mi padre este sitio no es nuevo, lo conoce, camina como lo hacen aquellos que sabe adonde van, y yo detrás, y Salsifí detrás, ¡mírame, padre, estoy aquí! pero no me escucha, varios días que son como uno solo, días de muchas sandalias, y sandalias y golpes, desde el principio supe que el perro aventeador está cerca aunque no pude verlo, también mi padre lo sabe, corrió un viento caluroso y pesado, tuve sed, la tengo, casi siempre tengo sed, Salsifí tiene sed, pero mi padre se ha olvidado de mi y son pocos los lugares donde hallar agua. A veces, veo a Sara. Ella es la que nos da de beber, sandalias y más golpes, Sara, el olor de Sara también se me pierde, los días son uno solo y mi padre casi no duerme, está siempre rodeado de los hombres que han venido con nosotros desde Galilea, se ilumina y se oscurece, eso le pasa ahora a mi padre y la oscuridad se traga su olor y, aunque esté a mi lado, no lo encuentro, lo busco en sus tobillos, en su ropa, pero no lo encuentro. Este lugar es un solo día y muchas sandalias, hay algo que mi padre no quiere, hay algo que mi padre espera. Pero también hay luna grande.

Era época de fiestas y la ciudad se movía como el mar: en una misma dirección, pero cruzada por corrientes interiores.

Jerusalén estaba atiborrada de propios y extranjeros que buscaban los alimentos para la cena pascual, que preparaban sus ofrendas... Los dátiles, las langostas y los rumores pasaban de unos a otros, toma y dame. Regateos de mercado y traiciones se resolvían en el mismo caldo.

En Jerusalén alguien acordaba el precio a pagar por un cordero mientras otro

acordaba el precio por entregar a un hombre.

¿Cuánto cuesta?, ¿cuánto pides?, ¿cuánto vales?

Y el templo era el sitio donde todo aquello se mezclaba.

Hasta allí llegó el galileo, junto a los hombres y las mujeres que lo acompañaban. Buscó un buen sitio y con voz potente, de modo que el gentío pudiera escucharlo, lamentó ver el templo convertido en mercado. Y recordó las Escrituras:

—¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración? Pero ustedes la han hecho cueva de bandidos.

—¡Vete de aquí! ¿Quién eres para discutir lo que permiten los sacerdotes? —gritó un vendedor de pescado.

El hombre de galilea no respondió, aunque tampoco bajó el tono de su imprecación.

—¡Cállate!

—Fuera de aquí, charlatán...

Más y más mercaderes se sumaron a los insultos. Enseguida algunos salieron de atrás de sus mesones y se acercaron, porque parecía sencillo amedrentar a un peregrino delgado, que hablaba de amor.

Los compañeros del galileo se prepararon para defenderlo.

Pero yo sé que mi padre también es capaz de enfurecerse, y sé que se avecina uno de esos momentos. Mi padre tiene una rama de olivo y va hacia los mercaderes. Mi padre es delgado y está cansado tras el largo viaje, pero su furia, cuando llega, tiene el tamaño del cielo.

EL ÚLTIMO PAN



Pascua en Jerusalén.

Pascua para pobres y ricos, sacerdotes y mercaderes, Pascua en el cielo y en la tierra.

El galileo y sus compañeros iban a celebrar alrededor de una mesa sencilla, pero suficiente para que todos sintieran la diferencia con las comidas diarias.

Miga de León andaba entre sus pies, esperando lo que cayera al suelo; aunque poco caería.

Los conozco a todos... Sé cuáles me van a arrojar un pellejo de cordero, y cuáles van a apartarme. Estos son los pies de mi padre, aquí voy a tenderme. Salsifí quiere jugar pero yo prefiero quedarme donde estoy.

Caen migas. Sé que mi padre repartió el pan porque este es el sabor de sus manos.

En la ciudad, Sara despertó apoyada en un gruesa columna. No demoró en entender la situación en la que se hallaba, porque era de pronto despertar.

Se levantó, sacudió su ropa y miró alrededor...

Atardecía en la ciudad y la multitud se había dispersado.

Sara estaba sola en medio de un pascua que no la esperaba ni la recibía.

Se había dormido por varias horas, quizás a causa de la fatiga del viaje sumada a la debilidad ocasionada por su embarazo. Al despertar ya no pudo encontrar al galileo, tampoco a los hombres que lo acompañaban. Preguntó pero cada respuesta era distinta; las personas decían cosas opuestas acerca del paradero del peregrino y luego se marchaba a casa de sus familiares para el festejo pascual.

Sara no tenía con quien orar ni comer. Ni siquiera estaba allí aquella extraña persona con la que había hablado durante el camino. Al fin, lo único que la mujer deseaba era encontrar al galileo. Recordó que algunos compañeros del galileo habían mencionado algo

sobre una casa situada en las colinas del sur de la ciudad... ¿celebrarían allí la Pascua?

Sara estaba en el templo. Decidir que su amado estaba en el sur reducía el espacio de búsqueda a la mitad: del templo hacia el sur. Y Sara empezó a andar por la avenida Herodiana.

Si alguien le hubiese preguntado, ella no habría tenido sino una respuesta.

—Al sur.

—¿Adónde te diriges?

—Al sur...

—¿Dónde queda tu cena de Pascua?

—En el sur.

A la misma hora, el galileo y sus compañeros estaban cenando en la planta alta de una casa de buenas dimensiones, situada en la ciudad alta, zona sur de Jerusalén.

Los hombres habían intentado reírse, pero los resultados fueron malos y acabaron conversando en pequeños grupos y en voz baja. La comida que acercaban las mujeres de la casa era sabrosa, tal vez por eso el galileo embebió un trozo de pan en una fuente repleta de salsa y se la dio a uno de los hombres que esa noche lo acompañaban.

—Toma, Judas, prueba este pan.

Algo ocurre, algo está ocurriendo, los pies suben y bajan o se mueven con rapidez, los pies se retuercen, estoy aquí y veo que unos pies golpean otros pies. El ruedo de las túnicas huele a miedo, ¿a qué le temen los compañeros de mi padre? El perro negro no esta aquí y tampoco su amo.... Los pies se han humedecido, pero no todos... Los pies de mi padre permanecen quietos y bien apoyados en las piedras del piso.

Este de aquí está más asustado que el resto, lo conozco bien porque suele jugar conmigo. También porque es el hombre que se va y regresa, se va y regresa, y cada vez que lo hace mi padre se apena.

Sara avanza por la avenida Herodiana, hacia el sur. Se cruza con algunas personas, pero nadie puede responderle; ¡hay tantos peregrinos, mujer!, ¡hay tantos hombres que hablan con el corazón!, y sobre todo, mujer, ¡hay tantos perros color de león!

Ella ha decidido caminar y va a hacerlo. Camina y no puede evitar el llanto. Sara llora, camina y tararea algo que oyó en boca del egipcio que la acompañó durante el viaje:

De mi amado es el cielo

porque mi amado es ave colorida.

De mi amado es la tierra

porque mi amado es hierba florecida.

Su amado, sin embargo, parece haberla abandonado, la dejó sola en víspera de Pascua sin despertarla, sin advertirle que se marchaban... Entonces Sara recuerda al niño que lleva consigo y, por primera vez, se alivia con su silenciosa presencia. Sonríe en mitad del llanto, no estás tan sola, mujer, sigue caminado.

En la casa donde los hombres cenaban se hizo silencio. Hasta las mujeres callaron en la cocina.

A partir de ese momento, cada cosa que dijeron significaba algo distinto a lo que pronunciaban... Distinto y peor.

—Debo marcharme —anunció Judas.

—¿Te retiras antes de terminar la cena?

—Luego iremos a Getsemaní, y tú deberías estar con nosotros.

Sus compañeros insistieron, pero Judas no cambió de parecer.

—Iré luego a reunirme con ustedes —afirmó.

—No creo que sea bueno que abandones la mesa...

—Dije que regresaré.

—Pero no nos dices por qué te marchas.

—Hay gente a la que debo visitar.

—¿Quién importa más que esta mesa?

La conversación se ponía más dura, y por fin el galileo intervino:

—Ve, Judas, y has lo que debas hacer.

El hombre que suele jugar conmigo, el que se va y regresa, se levanta, me levanto también para ir tras él. Sigo al hombre y Salsifí me sigue... El hombre baja la escalera y bajamos detrás, sale y salimos. Ahora nos ha visto. Nos ve y golpea las manos... No estoy seguro de que sea un juego, pero Salsifí se adelanta corriendo y salta sobre sus piernas, no estoy seguro, Salsifí ya lo hizo. El hombre busca, se agacha, tiene sus manos cargadas, nos arroja piedras. Nunca lo había hecho, Salsifí regresa a mi lado, no entiendo. Él grita y viene hacia mí, me quedo inmóvil porque ese hombre siempre jugó conmigo. Esta vez, esta noche, me golpea fuerte con su pie, tan fuerte que me aparta de su lado.

Judas ha gritado en la noche de Pascuas y ha pateado al perro del peregrino.

La luna, enorme, lo vio todo.

Casi una hora después, Sara seguía caminando.

La noche de luna llena era clara, y eso le permitió ver desde lejos la silueta de un hombre que caminaba en sentido contrario. Ella no conocía la ciudad, por esa causa no pudo reconocer que la casa iluminada era la de Caifás, sumo sacerdote de Jerusalén. Y al fin, ¿qué podía importarle eso a una mala mujer? En cambio, Sara pensó detener al caminante que, tal vez, pudiera darle noticias de su amado. La actitud del caminante, que va todo cubierto, le hace imposible reconocer a Judas; aun así, Sara se acerca.

—La paz sea contigo —dice.

El perfil del hombre se retiró, intentó ocultarse, pero Sara logró ver que se trataba de uno de los compañeros del galileo, y sonrió.

—¡Eres tú, Judas!

El nombrado se replegó más todavía.

—¿Qué te ocurre? —le dijo Sara y, como estaba aliviada, bromeó—: ¿Acaso llevas una bolsa con monedas de oro y temes que te la robe?

Judas no tenía ánimo para bromas, ni para demoras.

—¿Qué necesitas?

—Busco al galileo, ¿dónde está él?

Pudo no decírselo, callarse o enviarla a un sitio equivocado. Pero Judas eligió decir la verdad, como si aquel gesto lo redimiera en la noche de Pascua. Le indicó a Sara el camino para llegar a la casa donde el galileo celebraba la cena y se marchó.

El galileo y los suyos agradecieron la hospitalidad y salieron con dirección al noreste, hacia el huerto de Getsemaní donde iban a pasar la noche.

Algunos de ellos querían tomar la avenida Herodiana hasta el Templo y, desde allí, salir hacia el Huerto utilizando la Puerta de Susa; era el camino más corto y más sencillo. Otros preferían tomar caminos secundarios.

Como fuera, era obligatorio seguir la avenida hasta donde se cruzaba con el acueducto. Allí volverían a discutirlo.

La noche estaba llena de luna, y ellos avanzaron sin prisa y en silencio.

Hacia el sur, Sara avanzaba caminando de prisa y cantando; deseosa de llegar para no cumplir en soledad esa noche de Pascua.

Una vez en la encrucijada, los hombres retornaron a sus diferencias.

Será mejor seguir por la avenida.

Será mejor tomar caminos menores.

Será más corto.

Será más seguro.

Mientras tanto, Sara se acercaba de prisa.

—¿Qué dices tú? —le preguntaron los hombres al galileo—, ¿por dónde prefieres ir?

El peregrino lo pensó un largo momento, como si algo enorme se escondiera tras esa sencilla decisión: por la avenida o por los senderos.

—Por los senderos —dijo.

Por eso, cuando pocos minutos después, Sara llegó a la casa alta la encontró cerrada y oscura. Palmeó repetidas veces hasta que alguien le respondió tras la puerta, con maneras rudas.

—¿Quién eres y qué buscas?

—Soy Sara y busco al galileo... Me dijeron que aquí podía encontrarlo.

—Estuvo sí, pero hace poco se ha marchado.

—¿Adónde se ha ido?

—Ese no es asunto tuyo, ni mío.

Tarde en la noche, el galileo y sus compañeros llegaron al Huerto.

Uno a uno los hombres cayeron vencidos por el sueño y el sopor de la comida.

Solo, y sentado bajo uno de los olivos más grandes del lugar, el peregrino llamó a su perro. Y quiso retenerlo junto a sí, quiso hablarle, volvió a dirigirse a él como en los primeros tiempos.

—Ves, Miga de León, hay solo uno que no está aquí —le dijo—. El resto se ha echado a dormir como si nada fuese a suceder. Escucho sus ronquidos... Quizás sueñen con sus esposas o con sus redes de pescadores. La traición, Miga de León, salpica a todos los que están cerca.

El galileo rascó el cuello de su perro.

—¿Y acaso yo no hice lo mismo contigo? ¿Acaso no te abandoné cuando tuve gente a mi alrededor?

Había luna llena en el cielo pascual de Jerusalén. Y un jauría de perros trotaba por las calles en busca de las hembras que los requerían.

El galileo deseaba, esa noche, la silenciosa compañía de su perro. Pero esa noche,

Miga de León quería ser libre.

Al fin, el hombre se rindió. Palmeó el lomo del animal que forcejeaba entre su lealtad y su mandato.

—Ve, Miga de León —le dijo—. Anda con los tuyos, que yo me quedaré con los míos.

EL RASTRO



Amanecía, la luna todavía estaba al alcance de la vista aunque ya no susurraba.

Miga de León y Salsifí regresaron al Huerto de Getsemaní, donde el galileo había quedado en compañía de algunos hombres. Pero ya no había nadie.

Estaban la luna, los olivos, y la sombra de los olivos a la luz naciente del amanecer. Estaba el olor del galileo, *pero mi padre ya no está, voy tras él, su rastro tiene miedo, mi padre tenía miedo cuando se fue de aquí.*

Su rastro va hacia el templo, voy tras él, por aquí pasó, huelo su temblor, ¿por qué temblaba mi padre?, sigo sin detenerme, Salsifí se distrae con la basura y ya no me importa perderlo, huelo el temblor de mi padre, Salsifí no quiere seguirme y yo no puedo esperarlo, ¡te estoy buscando, padre!, voy por el rastro de tu temblor.

El peregrino que había llegado desde Galilea fue tomado prisionero por los soldados romanos como falso profeta y hechicero. Y fue trasladado al palacio del prefecto romano, *pero tampoco está aquí, ¿qué te ha pasado?, tu rastro ya tiene sangre, temblor, sangre y va hacia el oeste.*

Hacia el oeste de la ciudad de Jerusalén estaba la residencia donde Herodes Antipas solía pasar la temporada de pascuas, en compañía de su esposa y su hijastra. Y allí llevaron al galileo, al que se le sumaban cargos y acusaciones: falso profeta, blasfemo, hereje, conspirador, zelote.

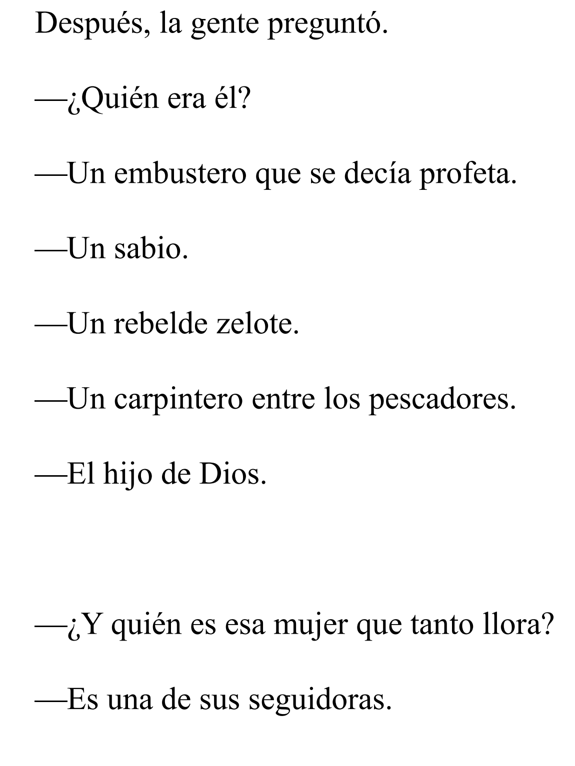
Padre, tu rastro se cruza con tu rastro, tu rastro me dice que vas dolorido y que te caíste muchas veces.

Cuando muchas voces furiosas se sumaron en contra del peregrino, Poncio Pilatos,

prefecto del Imperio Romano, apretó su anillo sobre la condena.

Ciertos acontecimientos son más importantes que el tiempo, por eso se dice de ellos que sucedieron en horas, en días, en años, y no importa determinarlo.

La noche ha sido triste, perdí a Salsifí en el camino, dormí en un zaguán de mármol y tuve miedo de encontrarme con el aventeador y su amo, pero ahora todo ha cambiado, tu olor se hace fuerte y nuevo, estás cerca, por fin, padre, estás llegando entre esa multitud, y yo soy feliz como en Cafarnaúm, corro para alcanzarte y lamerte las manos, pero me resulta difícil hacerlo, tantos pies, tantos gritos... pero no van a impedirme hacerlo, ya llego, padre, ya veo tus sandalias y te llamo, ¿me estás escuchando?, la gente se mueve y el espacio que nos separa se abre y se cierra, por tu andar sé que vas cargado, ¿qué cargas? ¿otra bolsa llena de agua?, ya estoy llegando, vas a sonreír cuando me veas porque siempre te encuentro, en casa de Lázaro, en el templo, en la orilla del lago, es la primera vez que huelo tu sangre, voy a alcanzarte pero me patean muy lejos, ¡cómo vas a sonreír cuando veas que vuelvo! porque estoy volviendo, recuerdo el olor de aquella bolsa y también tengo miedo, pero estoy volviendo, hay un lugar, un espacio entre los pies, pude llegar, me pego a tus piernas, antes sentí el olor de Sara y el de tu madre, más tembloroso que el tuyo, he sentido el olor del perro aventeador pero, esta vez, voy a acompañarte, ¿me ves?, aquí estoy, aquí voy a quedarme cuando todos se marchen, mírame, padre, estoy cerca, echado bajo este madero que chorrea.



Después, la gente preguntó.

—¿Quién era él?

—Un embustero que se decía profeta.

—Un sabio.

—Un rebelde zelote.

—Un carpintero entre los pescadores.

—El hijo de Dios.

—¿Y quién es esa mujer que tanto llora?

—Es una de sus seguidoras.

—Es una prostituta de Galilea.

—Ella es Sara, la mujer que lo ama.

—¿Quién es ese hombre que mira desde lejos?

—Un extranjero que recorre la tierra.

—Un demonio.

—¿Y ese animal echado junto a la cruz?

—Ese es su perro.

—Sí, con seguridad, ese es su perro.



LILIANA BODOC

Nació en la provincia de Santa Fe, en 1958. Residió desde muy pequeña en la provincia de Mendoza, y luego de algunos años en la Ciudad de Buenos Aires, se instaló en un pueblo en la provincia de San Luis. Cursó la Licenciatura en Lenguas Modernas en la Universidad Nacional de Cuyo y ejerció la docencia algunos años. Gracias a su novela *Los días del Venado* (primera parte de la *Saga de los Confines*, una trilogía épica), editada en el año 2000 y merecedora de varios premios, su carrera como escritora cobró notoriedad. Su obra ha sido traducida a varios idiomas; es reconocida en Europa, Estados Unidos y América Latina por su poética destreza narrativa y el alcance de su universo fantástico. Se la considera una de las mejores escritoras fantásticas de las últimas décadas. Recibió distinciones por parte de IBBY, Fundalectura y ALIJA, entre otras.

Un referente de la épica fantástica argentina.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

DICIEMBRE, SÚPER ÁLBUM

EL MAPA IMPOSIBLE

AMIGOS POR EL VIENTO

LA SAGA DE LOS CONFINES

LOS DÍAS DEL VENADO

LOS DÍAS DE LA SOMBRA

LOS DÍAS DEL FUEGO

RELATOS DE LOS CONFINES

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

www.librosalfaguarajuvenil.com/ar/

info@santillana.com.ar

ISBN ebook: 978-987-04-2937-1

Primera edición digital: mayo de 2013